



CALLIGRAPHY

REVISTA MENSUAL

17

ABRIL 1938
II AÑO TRIUNFAL

editores:

Francisco Montero Galvache
José M.^a Hernández-Rubio
Pedro Montero Galvache

Ayuntamiento de Madrid



INDICE

ABRIL 1938
II Año Triunfal

BAJO EL SIGNO DEL CAUDILLO	EDITORIAL
FLECHAS Y YUGOS EN ITALIA • (CONVERSACIONES CON GIMÉNEZ CABALLERO)	ADRIANO DEL VALLE
«CAUCES» EN LA RECONQUISTA DE ESPAÑA: CASPE, LA CIUDAD DE LOS CINCO SITIOS Y DEL COMPROMISO	JOSÉ DE LAS CUEVAS
LA ACADEMIA DE PAR EN PAR	FRANCISCO GÓMEZ DE TRAECEDO (CADETE DE DARR-RIFFIEN)
FLECHAS DEL MAR	ALEJANDRO ECHAIDE
LA GESTA TRIUNFAL DEL «BALEARES»: AQUELLAS TIERRAS QUE LO VIERON PASAR...	LUIS DE BARJA
NUESTRA PÁGINA DE HONOR: LA MUERTE DE JESÚS SEGÚN SAN MATEO (EVANGELIO, CAP. XVII)	
ESTAMPAS DE LA PASIÓN: Y JESÚS DIÓ UNA GRAN VOZ...	P. PÉREZ CLOTET
SENDAS SAGRADAS	JUAN M. ONETO
DIÁLOGO DE LOS NOVIOS CENTINELAS	FRANCISCO MONTERO GALVACHE
LOS POETAS DE «CAUCES»: MISTERIO Y RAZÓN DEL PRIMER VIERNES SANTO CAMINOS ¿QUIEN SERÁ?...	LUIS SUÁREZ RODRÍGUEZ JESÚS DE LAS CUEVAS GUILLERMO RODRÍGUEZ
ORIENTACIONES CATÓLICAS: SAN VICENTE FERRER	TEODORO MOLINA ESCRIBANO
ÉXTASIS, CUENTO	GONZALO VALDAURA
CRISTO CAÍDO	F. G. DE T.
«XEREZ». - REVISTA EDITADA POR LA CASA GONZÁLEZ-BYASS BAJO LA DIRECCIÓN DE D. LUIS PÉREZ DE SOLERO.	REDACCIÓN
CINE • UN CINEMA HISTÓRICO	A. SANTOS
DEL MUNDO LITERARIO: CONSULTORIO LITERARIO • NUESTROS COLABORADORES	BU-JA-LÍ
«EL OTOÑO DEL POETA» • NOVELA • (CONTINUACIÓN)	PEDRO MONTERO GALVACHE

Fotos de Dubois y Paniagua • Ilustraciones de Jiménez y Oneto

Fotografiados:

Talleres de la C. N. de S. Fernando • F. E. de Sevilla • "Foto Castilla" de Valladolid

Cubiertas cedidas por la Casa González-

Manufacturas de Corcho
ARMSTRONG,

(S. A.)

EXPORTADORES
de Corcho en planchas

Desperdicios y Bornizos

Fabricantes de todos los Artículos
DE CORCHO

Oficina Central:

SEVILLA

Teléfono 22.820

Sucursal:

ALGECIRAS

Teléfono 115

Hijos de J. Barrera

(S. A.)

PESQUERIAS

VIGUESAS

Sucursal de Algeciras

OSBORNE Y C.^A



VINOS

Y

COÑAC



CASA FUNDADA EN 1772

PUERTO DE SANTA MARIA

Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz

Ayuntamiento de Madrid



INOCENTE

Nuestro MACHARNUDO
FINO INOCENTE

es un vino fino y delicado,
seleccionado de nuestra
cosecha en los viñedos
de nuestra propiedad en
dicho distrito de Machar-
nudo y criado escrupulo-
samente.

Es un vino para copear
antes de las comidas, y
también para tomar con
el pescado y mariscos.



VALDESPINO

Diego González Guzmán

Consignatario de Buques

◆
**Agente de Aduanas
y Transportes**

◆
**DIRECCIÓN TELEGRAFICA:
DIGUZMAN
ALGECIRAS**

“La Valenciana”

FABRICA DE CONSERVAS DE PESCADOS

BARTOLOMÉ GALIANA

ESPECIALIDAD EN ATUN EN ACEITE Y ESCABECHE

Teléfono 43.

TARIFA (Cádiz)

COÑAC PEMARTIN

JEREZ

“La Divina Pastora”

” Fábrica de Pastas para Sopas

◆◆ **LUIS ARROYO CRESPO** ◆◆

Sagasta, 108 - CADIZ - Teléfono 1306

Anuncios “KIKI” - Teléfono núm. 2590 - Cádiz

BAJO EL SIGNO DEL CAUDILLO

España ha recobrado su viejo pulso imperial. La gracia de la vida en los pueblos, es el latido vigoroso de los hombres que viven en sus tierras, entregados a la tarea de hacerla, en cada golpe de azada, más honda y perfecta en sus afanes, problemas y combates, ante la Historia.

Porque si la vida—que no es más que un duro y vivo combatir por la fe—necesita de los mejores y más rebeldes entusiasmos de las almas, para dar cumplimiento a los altos destinos, España necesitaba un vigor recio y exacto en todos los músculos, para templar, frente a los nuevos modos del mundo, la justa manera de su forma social, religiosa y política, apretando a los hombres en haces de cánticos y de eternas finalidades divinas.

Y por ésto, al enfrentarse con los enemigos de la Cruz en el campo abierto de nuestra Guerra, España, Madre otra vez de los pueblos occidentales, en la coyuntura histórica de devolverles la vida, ha recobrado, a fuerza de sangre y de himnos, su latido imperial, su pulso ecuménico, para las más altas empresas misioneras.

* * *

Ha habido—hay—dos sustancias españolas, alma y tesón, fortaleza y nervio de la Raza, en su momento de ahora, eterno y vibrante; juventud y Franco, que es tanto como decir; juventud eternizada en un nombre—el Caudillo—que se escapa a las palabras y al concepto, faltos de precisión para el milagro de abarcar la figura del hombre puesto por Dios, como una columna de luz, en el centro del camino de España.

La juventud se ofreció, en los claros albores de la Cruzada santa, al júbilo de la Muerte y al silencio de la Gloria: con sus estrellas doradas de Alféreces, hechas así, a flor de fuego, en medio de la lucha, con libros de metralla y de pólvora, al filo de las trincheras y los tanques.

Y ha volcado en la tierra, yerma y árida, su lluvia de sangre, su beso apasionado, con los nervios erectos, hacia el Sol, en busca de las rosas ofrecidas.

* * *

Y a través de los caminos difíciles, monte arriba, llanura abajo, asiendose a las cimas con las manos desgarradas de deseo, para mirar, con los ojos abiertos al aire, todo el sol de la amanecida triunfal, esta juventud, sabia de los troncos de España, ha ido entregándose cada día a la obra de crear un Estado donde no existe el reposo, porque el «Paraíso está contra el descanso», y la tarea es honda, dura, alegre, en seguimiento de Dios y del Ausente, cuyo ejemplo es ascua encendida en el frío y rumor en las peñas y viento en el llano y trino en las ramas.

Esa juventud—brazos tronchados de la España dolorida del 35, ébrios de alzar por todas las calles sus bandera—se ha entregado bajo el signo y ejemplo de Francisco Franco, al duro combate de la Cruz, para ganar en la pelea su estado de gracia, su perfección de ánimo, su equilibrio de canciones.

* * *

Y esta primera sustancia de la vida nacional, tiene todo el vigor de la otra sustancia, eterna y absoluta, del Caudillo: su Genio, que es Símbolo y Norma, Ejemplo y Estilo, en la Historia sagrada de la tierra.

Nos faltaba el hombre que diese forma y vida a la unidad de Destino de nuestra Patria. Nacieron las profecías en los ojos de José Antonio. Estalló el odio en las anchas espaldas de Calvo-Sotelo, aquella madrugada tibia y recién nacida del Julio inolvidable. Saltó, de pronto, el viento del Marruecos místico y blanco, llenándonos la costa de consignas y de trofeos.

Y surgió—íntegra, marcial, perfecta, bendita del Señor—la palabra del Caudillo, en aquella exaltación suya a la Jefatura del Estado, para jurar que amaría a España, desde cerca, toda la vida, con su sangre y con su alma, y que la alzaría, frente al aire del mundo, con el empuje de su espada triunfante.

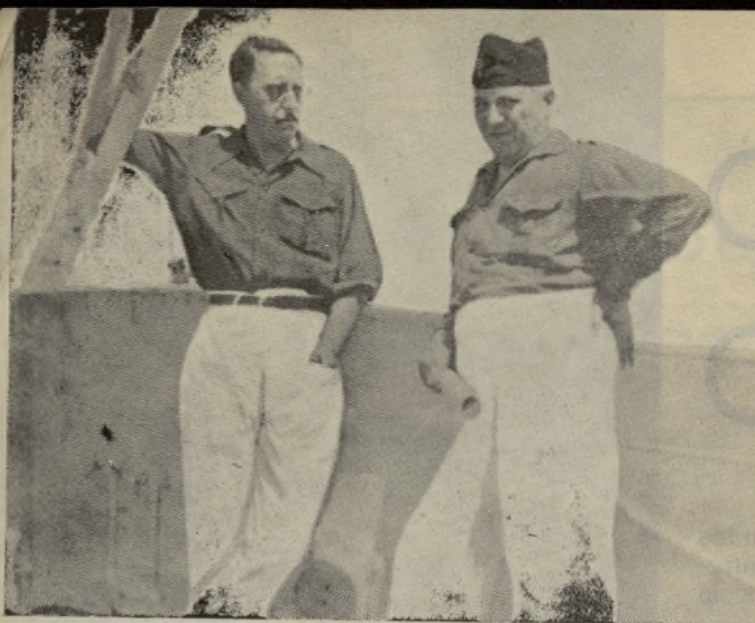
Franco es el centro de la Guerra. La voz y el equilibrio de nuestros sentidos, al servicio total del Estado, Dios ha trazado, a su paso, un rayo de luz. La juventud—que se encuentra en él—lo aclama en los campos y en la lucha. Y en todas las aldeas, flamean al aire, las banderas toscas y ardientes de la mejor alegría.

* * *

Por su nombre, cara a la Historia, la juventud ha ido clavando, en cada monte, su muerte y su victoria, en siembra de Futuro, en Evangelio de vida.

Porque a fuerza de sangre y de himnos, con el resplandor de la Resurrección de Jesús de Galilea, España—plena, ganada para Dios, abierta a los siglos—ha vibrado en la Noche como una lumbre de alborada y de victoria.





Jiménez Caballero y Adriano del Valle,
a bordo del "Hernán", rumbo a Italia.

FLECHAS Y YUGOS EN ITALIA

Conversaciones con Giménez Caballero

Y Giménez Caballero, supervisor jerárquico de la película del viaje de nuestros flechas a Italia, de esa película de la que he proyectado en otras páginas el «trayler» de nuestra navegación por el Guadalquivir, aunque dándole, eso sí, altura y vuelo de alfombra mágica, contestó a mis preguntas lo siguiente:

—Sí. Tenemos todos en el corazón, toda la Falange, una inmensa pena cada vez que gozamos de alguna alegría: el recuerdo de José Antonio.

¡Si estuviera José Antonio con nosotros! ¡Poderle ofrecer cada esfuerzo nuestro, cada triunfo nuestro! ¡Verle sonreír como entonces, sentir que nos abrazaba como entonces! Aunque el José Antonio de hoy, ya no sería el José Antonio de antes.

Pero su corazón sería tan grande como toda España. Yo lo sé bien, porque le he seguido paso a paso, como se sigue la criatura que se cuaja, el Mesías que se presiente. Y he sufrido con él y por él. Y supe, en ciertos momentos, tener un criterio algo contrario al suyo, quizás para ocultar mi cariño, virilmente. Me repugnó adularle. Porque el que adula es un hombre que desea el mal de aquél a quien adula; pero yo fui el primero que le valiciné y le reveló en un primer estudio que escribí sobre él. Los amores eficaces son los duros y difíciles, aquellos sometidos a pruebas de grandes contiendas.

—¿...?

—No. La última carta que yo recibí de José Antonio estaba fechada en la cárcel de Alicante, días antes del Movimiento. Era la carta de un José Antonio ya cuajado en el dolor, en la angustia y en el sacrificio.

Carta generosa, magnánima, y digna de eso: de un Mesías.

Mi veneración por él la he ido consagrando, día por día, a su hermana Pilar. Por quien siento una mezcla de respeto y de ternura que me dará las fuerzas necesarias para ayudar a defenderla con la gente que le queda de su sangre y de su familia próxima, para evitar que nada se acerque a ella con fines bastardos, interesados y de vil política.

—¿...?

—El General Queipo de Llano es el hombre que conquistó Sevilla como los hombres, como los verdaderos hombres de España: requebrándola por la reja, haciéndole el amor todas las noches por la reja del micrófono. Piropeándola.

Al comenzar este viaje—ya lo has visto—, el General Queipo se levanta de la cama, convaleciente de una leve enfermedad, sólo por saludarnos, por despedirnos, por abrazar a su hija Maruja, la que nos confía, y para que todos le abracemos de corazón a él, ya que le sentimos como un padre nuestro nacional: bueno, audaz, abnegado, generoso. En Italia, Queipo es tan popular como en España.

Ya he dicho en otra ocasión cómo yo no veo en Queipo de Llano ni su uniforme caqui, ni su fajín encarnado, sino su armadura. Porque Queipo lleva en sí una armadura de Conde Castellano, con yelmo y espada de ancho arriaz para el mandoble.

—¿...?

—Sí. Falange tiene muchos matices en España, lo mismo que el azul de nuestras camisas. El matiz más interesante de la Falange, quizás esté en Sevilla. Primero, por su fundador, José Antonio. Después, por la romanidad y catolicismo de esta tierra andaluza. Tercero, por la campesinidad y el señorío de Andalucía.

En otras regiones, la Falange tiene muy diversos aspectos: Madrid, su chispa original. Valladolid, Castilla: su tono de epopeya. Galicia, Aragón, Navarra: la tenacidad, la abnegación, el heroísmo callado. Andalucía, eso: señorío y campo, grandiosidad y elegancia en sus movimientos.

* * *

Ya en Roma, Giménez Caballero contestó a nuestras preguntas así:

—¿...?

—No. Te habla un falangista que no tiene otro valor que su fe en la santa causa de Roma en el mundo. Causa otra vez universal y humana, y en la que, una vez más, España ejerce su sublime función histórica de brazo defensor de la civilización latina. Esta fe en la causa universal de Roma me hizo, hace diez años, profetizar a Benito Mussolini que un día la juventud de España desfilaría por estos sacros lugares, con el brazo en alto y la mano abierta, con banderas victoriosas, camino de una paz augusta. Y ese día ha llegado. Y por eso, como místico y profeta de esta fe, he venido con vosotros, con Mergelina, con estos primeros flechas de una España renovada por la sangre y el dolor, a contemplarlos acogidos al regazo materno y eterno de esta ideal ciudad de Dios y del César.

Sintiendo que mis sueños se han hecho carne, triunfo, jerarquía, verdad.

Y que estos centenares de españolitos son hoy tan hijos de España como de Roma. Y que a ellos me siento emparentado con ímpetu de bendición, de cariño, de sangre y de lágrimas. Paternamente.

—¿...?

—Si esos españoles son hermanos nuestros, es decir, nacionales, falangistas, que sepan que todos sus sufri-

Sagasta, 108 - CADIZ - Teléfono 1308

mientos en la persecución, en el terror, en el escondrijo y en la espera interminable, no son vanos. Que tengan el consuelo de que sus torturas han de tener una compensación fecunda. Si viven sus hijos en nuestra zona, que lo sepan atendidos, amados y tranquilos, esperando la inmediata liberación de sus padres por las tropas de Franco. Y si estos niños están con sus padres en la zona roja, que sepan que pronto les llevará nuestro Generalísimo una Patria libre, grande, única, donde no habrá otro fin nacional que el de cuidar estos hijos de España para que un día bendigan el duro sacrificio de nuestra generación por darles un país todo amor, paz y grandeza.

—¿...?

—¡Si son españoles rojos, almas aun envenenadas por la peste marxista, que sepan esas almas, si aún son almas humanas y capaces de escuchar, que los huérfanos en la causa fascista no son los huérfanos de la causa bolchevique.

—¿...?

—Sí. Mientras Rusia y otras naciones impías arrebatan los niños españoles para acabar de destrozar las familias; mientras esas criaturas son enseñadas a odiar, a cerrar el puño y a escarnecer cuanto existe lleno de honor, de tradición y de santidad; mientras en las ciudades inglesas, francesas, mejicanas y rusas, esos niños destrozan cuanto hallan a su paso, insultan a las gentes y se promiscuan entre sí horrendamente, quiero que se sepa que los huerfanitos españoles de paso por Italia, los flechas de la nueva España, los hijos de los asesinados por la infame barbarie marxista, cantaron himnos de amor nacional, de fe en el destino de nuestra Patria, llenos de sereno gozo, encuadrados en perfecta disciplina, como milites de un mañana español espléndido.

—¿...?

—Sí. Quiero que se sepa en España que por las bellas tierras de Italia estos niños han sido acogidos con verdadero delirio paternal. Desde el Duce hasta el Pontífice, desde los jerarcas hasta la última mujer del pueblo, hasta el más humilde campesino, han visto en ellos una límpida filialidad espiritual, han sentido por ellos una ternura infinita y entrañable.

—¿...?

—Sí. Que sepan éstos los rojos de España. Que lo sepan y que lo mediten. Y si comprenden que con nosotros está la verdad, que se revelen contra la tiranía que les arrebató los hijos y les destroza las familias. El corazón del Caudillo Franco, frente a los arrepentidos, no conoce límites a la piedad y al perdón.

—¿...?

—En cuanto a los españoles de la España nacional, quiero informarles, una vez más, de lo que ya saben por la prensa: que nuestros flechas—tostados de sol de playa, robustos de aire puro, disciplinados por la alegría y el respeto—, fueron el orgullo de España al desfilar, aclamados, por las vías mussolinianas. Con sus camisas azules y sus boinas rojas, estas menudas falanges ofrecieron a la Roma Universal un rasgo genial y firme de españolidad. Nuestro genio de España revivió en ellos como en nuestros mejores tiempos imperiales.

—¿...?

—Sí. Roma ya os siente en su regazo materno como abnegados y tenaces defensores de un porvenir áspero y luminoso. Decía un cronista medioeval que cuando Roma se pone en pie todo el mundo se pone en pie. Y yo añado que cuando España se pone en pie para defender a Roma, Roma salva la mayor grandeza de su destino.

—¿...?

—La boina roja habló a la Roma sagrada de toda nuestra sangre vertida. Y la sagrada camisa azul habló a la Roma Cesárea de nuestro cielo imperial y falangista, católico, apostólico y romano.

—¿...?

—Sí. Quiero decirte unas palabras para todas aquellas gentes del mundo que hablen la lengua de España. A todas esas gentes quiero decirles que 21.000 niños, hijos de italianos que viven en el extranjero, regresaron a sus países respectivos, que son los del mapa. Estos niños italianos—los hijos de los antiguos emigrantes—constituyen hoy en la Italia fascista un objeto de amor y de honor para el Duce. La obra del Duce por la infancia y la juventud es una de las más geniales creaciones mussolinianas. Secundados por el gran conde Ciano y por el activísimo Ministro Piero Parini, dirigente de los «Fasci alj'Estero», esta obra se desenvuelve con magnitud acuménica. Esos 21.000 niños han convivido y han visto a nuestros huerfanitos. No necesitarán que les preguntéis por ellos. Ellos os dirán que los niños de la España de Franco no son hijos de criminales, ni de facciosos, ni de bárbaros. Que son tan buenos y cristianos como ellos mismos, y que sus familiares combaten por la paz del mundo. Esos niños—21.000 extranjeritos en Italia—estoy seguro que al encontrarse con rojos, marxistas y masones, no tolerarán que se les hable mal de España, de la España de Franco, que es la de todos los buenos españoles. Y si algún malvado insistiera en su insulto, esos niños sabrán apelar a la suprema defensa infantil: sabrán llorar de pena.

* * *

He aquí algo de lo que contestó Giménez Caballero a nuestras preguntas. Porque Ernesto va revolviéndolo todo, va mirándolo todo por el mundo. Va levantando la tapa de esta gran Arca de Noé, donde vivimos. Levántale la tapa al paisaje y a las cosas; dejando que se nos escape la paloma que nos trajo, después del Diluvio, una rama de oliva en el pico. De las olivas de Gethsemaní, Ernesto es el Diablo Cojuelo de la Creación, el Adán primitivo. O mejor dicho, el Robinsón literario, que es, en cierta manera, una especie de Adán interino. Los que ya tenemos cuarenta años siempre hablaremos de la inquietud ernestiana como de uno de los fenómenos más específicamente hispánicos que hayan sido aportados al acervo espiritual de la Falange. He aquí su Ford—diremos algún día—que ha sufrido una *panne* en el camino de Damasco.

Incansable afán de corretearlo todo, de revolverlo todo; de sopesarlo, de verlo, oírlo, gustarlo, de tocarlo todo. Porque Ernesto posee la visión a través de los cuerpos opacos, dando la palabra exacta, justa: la palabra que sitúa. Ernesto esgrime, ágilmente, su palabra caza-mariposas, la palabra que atraparé el perfil fugitivo, huidizo, de lo que es de suyo inaprehensible; por lo que, a cada página nueva de la luz, a cada nuevo folio del alba, Giménez Caballero le imprimirá su ex libris. De una vez para siempre. De forma irrecusable e ineludible.

A d r i a n o d e l V a l l e

"CAUCES" en la Reconquista de España.

CASPE : LA CIUDAD DE LOS CINCO SITIOS Y DEL COMPROMISO.

1. - Presentimiento romántico de la ciudad.

Es ya casi de noche. Por las rendijas del balcón la luz pinta franjas granas como banderas diluidas contra el viento. Hay una niña sentada al pie de la ventana. Un reloj da siete campanadas en silencio. Se oye el tic-tac de la polilla y en los altos cuadros de lienzos antiguos cuelgan matas de romero recién cogidas del campo por manos femeninas. Se oye el viento llorar por las callejas. Cada vez hay más noche en el cuadrilátero del balcón y la niña mira ahora hacia el campo, con ojos empapados de melancolía.

Las campanas del convento de San Juan están tocando el Angelus. De pronto, en el silencio estremecido, cuatro o cinco disparos. La noche se va haciendo más honda, más palpable todavía.

—¡Madre!—dice la niña gritando—, ¡los carlistas!, madre, ¡los carlistas!

La madre se asoma a los cristales, sonriendo. Hay cinco minutos de soledad tremenda. Después, la campana que tocaba en reposo se levanta loca y echa a rebato su lengua de bronce. Cruzan pasos precipitados por las calles. Los disparos se escuchan cada vez más cerca entre la noche sorprendida.

—Madre—dice la niña, con su pañuelo de encajes entre las manos finas—, Andrés Cefel va con veinte hombres hacia el portal de Capuchinos...

En la casa las cosas siguen imposibles. Y la polilla, desde su tic-tac isócrono, se construye a sí misma su tumba rubia de madera.

2. - Caspe, romance histórico de piedra.

Caspe tiene un romance histórico soberbio. Las piedras que los rojos mancharon con su baba están todas labradas de historia, de una historia aguda, vibrante, hecha clarín del tiempo y del espacio. Caspe con sus torres diminutas y sus tejados grana de pueblecito aragonés, a la falda de unos cerros pelados y lisos; tiene la emoción de un gran libro de estampas. La tarde se ha escanciado en torno y han quedado las imágenes vivas en el aire.

Había que hacerle, por cortesía periodística siquiera, un reportaje a Caspe. Al Caspe español y redimido, con su largo cuento de fantasmas históricos, de sombras de leyenda, de aparecidos entre las piedras lívidas. Un reportaje visionario de Caspe, corazón de la paramera aragonesa, al Caspe de los cinco sitios y del Compromiso; y sobre todo a la ciudad rediviva por las tropas nacionales, que todo español llevamos dentro desde chicos, con su Colegiata inundada de pájaros y su santo valenciano que habla del campo; entre un grupo de gañanes sorprendidos.

3. - Nueve compromisarios en un salón.

En el ancho salón destruido ya por incendio del Castillo de San Juan se reúnen los nueve compromisarios escogidos para elegir. Llevan tres meses en un silencio fecundo, de consultar pergaminos en la tibieza de las celdas, de dar vueltas por la plaza todas las tardes en íntimas y profundas conferencias que sólo ellos entienden. Está entre ellos San Vicente Ferrer como una luminaria. Habla reposadamente, dándole la vuelta a las palabras con los dedos, dándole a los puntos y a las frases eternidad de milagro conseguido.

Los nueve salen todos los ocasos a tomar el sol por los caminos. Bonifacio Ferrer, teólogo y cartujo, habla apartado de los demás con Francisco de Aranda, fraile de Portaceli.

Pasado el plazo de retiro, en una eminencia junto al castillo, cerca de la Iglesia, los nueve proclaman al elegido una clara mañana de Junio. El obispo de Huesca don Domingo Ram celebra la misa del Espíritu Santo y San Vicente Ferrer predica el sermón. Después, en una expectación tímida el santo valenciano dice el nombre del escogido. La mañana está callada en torno y los gritos rompen todo el cristal del valle.

¡Viva nuestro Rey y nuestro Señor Don Fernando!

4. - El embrión de la unidad española.

De aquí de Caspe nace el embrión de la unidad de España. Los pueblos hartos de luchar entre sí, de divisiones, se deciden por un rey definitivo y quieren que la elección tenga algo de religioso y de militar. Porque el Compromiso de Caspe tiene mucho de un concilio pequeñito y privado donde fueran a plasmarse los destinos del mundo. Sus miembros son casi todos tonsurados y acogen la misión difícil como una especie de revelación divina. La unidad de España balbuciente, posee así un remoto nacimiento entre espadas y sobre todo en la quietud de unas celdas limpias de tierra y de frivolidad. Seca y severa. Castellanamente. Entre soledades de monasterio la Unidad de España

abre los ojos, unidad que luego iba a fecundar las flechas y el yugo de Fernando y de Isabel, en un mismo ambiente de dureza exterior, de guerra fuerte, de conmoción de mundos.

Pero además el lejano Compromiso de Caspe inaugura en España la intromisión providencial y eterna de San Vicente Ferrer, santo español y valenciano, nervioso y elocuente, que va por los caminos convirtiendo judíos y resucitando cadáveres a las puertas de Salamanca, centro teológico de la península, para que los fariseos que se hicieron los sordos escuchen la voz de Dios.

5. - Los cinco sitios.

Una tarde de Mayo, Cabrera, el gran general carlista, aparece con su ejército por el monte. Los liberales procuran defenderse y sitúan avanzadas en todas las alturas. Las fuerzas carlistas avanzan sin embargo entre los olivares y se apoderan de la villa. Hay un foco de resistencia desesperada en el Portal de la Basa, pero Cabrera gusta de pelear él delante, cuerpo a cuerpo, rodeado de pólvora, a pleno campo; y sus hombres luchan como fieras, entusiasmados por su ejemplo. El combate se reduce pronto por las calles. Sólo resiste el fuerte. Cabrera se atusa los bigotes en la gran plaza dorada de sol y cuenta sus veinte bajas en silencio. En Mayo de 1836 hay otro ataque y otro sitio, y en el año siguiente Llangosteras y Tena estuvo con ocho batallones en la ciudad, para ponerle sitio al fuerte. Ese sitio se perpetúa luego otra vez en 1838. Es Noviembre. Lluve y los olivos tienen una neblina vaga, agazapada. Las tropas carlistas han tomado la villa y ponen cerco al castillo. Las balas rasas (1600, según la crónica) silban en la calle estremecedoramente y hay en la noche acristalada de tormenta y de agua setenta granadas exactas. Los soldados pelean entre la lluvia y se oyen los pasos y las voces de los jefes en los grandes estertores del combate.

6. - La escoria bolchevique.

He aquí que la historia da tumbos. Caspe, la ciudad tradicional, con su olivar poblado de voces viejas, entre la lluvia, se ve invadido un día por las brigadas internacionales.

La zarpa marxista destroza los altares y desmorona las torres rubias. Huyen los fantasmas altos y sólo quedan cartelones sucios desperezándose en las paredes milenarias.

Caspe sabe del jadear de los tanques, de las manadas de hombres extranjeros, de los tiros en la sombra, de los fusilamientos por las tapias, donde hay siempre voces de mujer enlutadas de llanto.

La ciudad adquiere ese aire frío, amortajado, seco, de ciudad anti-española y geométrica. De ciudad haraposa donde existen montones de ropa vieja y donde los estados mayores planean operaciones fantásticas sin hablar español.

7. - España vuelve.

Nuestras columnas la enlazaron en un abrazo genial de vida y gloria. Bajaron nuestros hombres una mañana a pecho descubierto frente una ristra de ametralladoras hambrientas de carne, y Caspe vuelve a ser. Hoy en la Colegiata desangrada y en las calles truncadas de metralla la bandera de España canta aires de resurrección y de retorno.

Y han vuelto los viejos fantasmas históricos, las sombras que se fueron, otra vez. No me extrañaría que de la misma manera que las momias de los amantes de Teruel estuvieron escondidas durante las horas de tiranía marxista, para volver después a la victoria, las efigies venerables de Caspe hayan pasado cerca de dos años en su escondite y que ahora el mejor día uno de nuestros soldados charle con uno de los nueve compromisarios o conozca uno de los antiguos guerrilleros carlistas, cincelado en combates y con una pechera incendiada de cruces.

8. - Epílogo diluido en el cristal de una ventana.

Pero sobre todo, el hilo del drama palpitante: Caspe tiene esa ventana abierta en un crepúsculo, donde los vencejos de la torre resbalan en los cristales suavemente. Hace un aire crudo, fuerte, aragonés. Y las estancias tienen todavía entre el humo de las bombas de aviación y las desgarraduras de la metralla, su emoción de siglo diez y nueve, de marcos de oropel y de abuelos almirantes en Indias, con una blanca gorgera de encajes.

La niña está asomada al balcón. La casa está toda llena de impactos y de cuajarones de sangre. Pero la niña sigue asomada al balcón con sus ojos curiosos...

—Madre, ha pasado uno y se ha quedado mirando...

Nuestras ciudades son viejos robles indomables. Los tatuajes moscovitas se deshacen y la vena española salta enseguida otra vez, limpia. Pero sobre todo, ese sentimiento familiar, tradicionalmente nuestro, de hogar rancio y español, ¡españolísimo!, donde la muchacha atisba los cristales un crepúsculo.

Se ha quedado mirando madre...

Tenía una boina roja y era capitán.

"LA ACADEMIA DE PAR EN PAR"

Africa ha roto el mito silencioso de la Esfinge de ébano y llama con un nuevo Cursillo de Alféreces, a toda la juventud combatiente y universitaria de España.

No importa la prosa fría y escueta de los Boletines Oficiales; al otro lado de la barra gris de la convocatoria late el nervio de la aventura magnífica, la promesa de la intuición fabulosa.

Africa llama en nombre del Caudillo y RIFFIEN abre sus puertas grandes de la ilusión y del misterio a las noches claras del Marruecos español, florecidas de estrellas de oro y de jaiques azules en las retinas temblorosas de los adolescentes del Sur.

No es extraño que acudan desde todos los sitios.

Africa tiene en su geografía íntima de color avellana, el secreto de una dulce e irresistible atracción.

Todos la hemos sentido de alguna forma, unos más y otros menos. Es la «Circe» de González-Ruano; la obsesión que taladra sus sienes bajo el arco grande de la noche de Roma.

Y que no se aleguen para justificar este imán, pretextos vulgares de la más baja estirpe. (Aumento en un cincuenta por ciento en los haberes) ni exquisitos refinamientos de salones diplomáticos.

(Películas del salacok blanco, con humo de cigarrillos egipcios, donde un lord se consume por la nostalgia de Africa: «Kafar» en el Departamento Colonial del Foreign Office).

No, que todo esto está bien para una producción de Gary Cooper. Pero es que más allá del celuloide, Africa empieza «de verdad» cuando se acaba la película.

Una honda e intensa película de emociones vírgenes, donde las palmeras verdes y las azoteas blancas, nuestra sensibilidad y el kiff andan entre laberintos de miel, buscando al protagonista, al que no encuentra naturalmente, porque el protagonista es uno mismo.

¿No queréis creerlo?

Preguntádselo a González-Ruano, decidle que os diga dónde su otro yo; el «Mario» que él se dejó un día en Tafilet, en la raya verde de los siete oasis.

* * *

Y quedamos en que Africa llama a todos los hombres, con el semáforo de sus palmeras, con las que juega el viento como una cabellera de esmeraldas.

Por muchos sitios se puede ir al Continente madre; pero cuando se tienen veinte años de juventud y la frente ungida por el óleo divino de la Cruzada, estos caminos se borran, se pierden en la confusión geográfica de los mapas morenos y de todos ellos no queda más que uno solo; el que va de Ceuta a Tetuán.

La cinta de plata de la carretera de Dar Riffien.

Sobre el muro de cal blanca, una flecha señala el campamento de la Legión.

¡Juventud española, por ahí!

¡Este es el arco del Imperio!

Por aquí pasó Franco, victorioso sobre la noche marrueca; a caballo bajo la luna grande de Targa, de Uad-Lau, de Bení Arós, de Yebel-Alam...

* * *

La Doce promoción, ha comenzado el veinte de Abril, cuando saben los vientos a nardo y a canela, y el almanaque de nuestros cielos latinos, ha estallado triunfal en una primavera de rosas.

Apertura de Curso —prolongación de la Universidad— sólo que aquí hay táctica en lugar de Derecho Político, morteros que sustituyen a la Filosofía y unas armas precisas aceradas y exactas: las ecuaciones que se han vuelto ametralladoras.

Ahora con el espíritu limpio, tenso y nuevo, a trabajar. A tomar montes sin olvidar a Pitágoras, a construir trincheras recitando a Virgilio, a desplegar en guerrilla y a saturarnos de sol, de voluntad y de energías, que es lo que da RIFFIEN a manos llenas, jugando al carro de las estrellas de oro con una generación exacta y alegre como la quería José Antonio: toda ella desplegada en línea de combate.

* * *

Un día entre los días, se acabará el Curso, y será en un lugar cualquiera la jura de los nuevos Alféreces.

Los que hayan resistido las pruebas serán Oficiales.

Los aclamará el público delirante, y ellos pasarán emocionados bajo el arco de las banderas al viento y de las manos extendidas.

Médicos, ingenieros, arquitectos, poetas, bachilleres, estudiantes, todos.

Ese, que cambió su Anatomía por una sección de Regulares; aquél, periodista en la brecha de las cuartillas que ha dejado la pluma por una ametralladora de rosas.

Todos, todos; no importa qué eran ni de dónde venían. Con la sonrisa en los labios, como ha dicho Miranda:

«A tus órdenes, Muerte altísima». «España, a tus órdenes».

* * *

Un minuto, a uno de estos Alféreces, le pondrán una estrella en la guerrera.

¡Madre Española, Presente en la cumbre de tu sacrificio! El oro de esa estrella es acero en tu corazón.

A él lo glorifican y a tí te desgarran.

No lloras para que él no te vea.

Y este gesto de dolor en silencio, este afán de llanto sin lágrimas, es lo que te agradece la Patria.

España que se salva así mansamente, sin pólvora, en la otra vertiente de los fusiles; sólo por el dolor hondo y callado de todas las madres, ungidas con el óleo del sacrificio en la más gloriosa renunciación de la Cruzada.

¡Dolor de todas las madres de España!

¡Presente!

FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO (CADETE DE DAR-RIFFIEN).

FRIGORIFICA CONTE

FABRICA

DE

HIELO

SUMINISTROS

A

Buques de Pesca

TE LÉFONO, 57

ALGECIRAS (Cádiz)

HOTEL CRISTINA

ALGECIRAS (Cádiz)

TODO CONFORT. -- GRANDES

JARDINES. -- TENNIS

PRECIOS ESPECIALES PARA TEMPORADA DE VERANO

Antonio Silverio

MANUFACTURA DE CORCHO

ALGECIRAS

Tapones en todas sus clases y
calibres. - Discos de corcho.
Elaboración esmerada.

MANUEL FERNANDEZ Y C.^a, (S. L.)

ESPECIALIDADES:

Amontillado Victoria. - Coñac Plus Ultra - Jerez Quina del Ramo
Jerez de la Frontera

Panadería "La Estrella"

Propietario: **JUAN MELGAR ALVAREZ**

CALLE SEVILLA, núm. 39. - TELÉFONO, núm. 408

ALGECIRAS

Especialidad en PAN para DIABÉTICOS

(SE CONSERVA MÁS DE SESENTA DÍAS)

Recomendado por la Ciencia Médica. - Producto Patentado

CUATRO PESETAS, KILO

Envíos a todas partes contra reembolsos

R E S E R V A D O P A R A

ARTURO REDONDO



Contratista de Obras
Materiales de Construcción



Teléfono, 1858

CADIZ

Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz

CORCHERA

ESPAÑOLA

(S. A.)

Marca registrada

EL DORADO

ALGECIRAS

"La Esperanza"

Fábrica de Conservas de Pescado

ESPECIALIDAD

EN

ATUN EN ACEITE

PROPIETARIO:

Rafael Utrera Martínez

Teléfono, 45. - TARIFA (Cádiz)

Exportación a todos los países

AGENCIA RAMOS

CONSIGNATARIOS DE BUQUES

COMISIONISTAS DE TRANSITO

ALCÁZAR DE TOLEDO, núm. 6. - Teléfono 202

ALGECIRAS

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos **"SAN PEDRO"**

CHACON Y COMPAÑIA

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, núm. 8. - Teléfono, 1928

Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz

He aquí la severidad y alegría de una juventud
en formación hacia el Imperio.

1. - M a t e r i a

En Palma de Mallorca—la bella ciudad de la luz mediterránea—la juventud victoriosa del Imperio temple sus músculos bajo el sol de una fuerte y exacta disciplina de milicia. Si España pudo haberse colocado en el trance de esta Cruzada salvadora—cielo amplio y luminoso para las nuevas rutas—, fué porque destruidos los valores espirituales del pueblo, quedaron destrozados a un tiempo los pechos jóvenes y nuevos de esas falanges escolares, perdidas en la inercia de una sociedad sin estímulo ni problemas altos.

Ahora—por la gracia espléndida de Franco—España que al ganar una Guerra para el mundo, sabe, de cerca al dolor y a la muerte, la transcendencia de su Hora, temple de nuevo la vida de la juventud, para forjarla, a golpe de formaciones severas, en el yunque del nuevo estilo imperial. Hace falta una juventud recia, unida, plena, poderosa, capaz de la tarea providencial que Dios nos ha concedido en la Historia. Una juventud—falange heroica—templada, soñadora y poética, que al final de la jornada, levante contra el viento, sus brazos hermanos, y cante al sol el mensaje diario de las banderas y de los himnos. Y que tienda al Imperio, rectamente, como una flecha eterna, lanzada al blanco de la verdad con el empuje de la disciplina: santa y militar, milicia de campamento y de fusiles, siempre en guardia, por la pureza de las verdades católicas de nuestra Patria.

Por ésto: «los flechas navales» que viven a bordo de ese buque escuela-cuartel, simbolizan, en esta Hora, nuestra mirada al mar: mirada fervorosa, decidida, por el deseo de engrandecer el estímulo de los nuevos, llevándolos, alegremente, a una vida naval, en la que todos aprenderán la alegría de la vida marinera: severa, amplia y patriótica confirmación del ejemplo de nuestra gloriosa Marina Nacional, cantera inagotable de mártires y de héroes, sembradura angustiosa—¡oh dantesca inmolación del «BALEARES»!—de inmortales destinos, capaz de haber dominado, con un abrazo de fuego, las costas lloradas de nuestro Mediterráneo, y de haber puesto en el Estrecho la bandera única, como un grito eterno de libertad y de gloria.

Esos «flechas navales» que ya van agrupándose a lo largo del litoral de la Patria, ante el ejemplo de los bravos mallorquines, son el símbolo escueto y sagrado del sentido profundo y grave que tienen de la vida los hombres de la nueva generación. Hay que inculcar—de lleno, de súbito, del todo—en la sangre nueva de España el amor a la disciplina

FLECHAS DEL MAR por ALEJANDRO ECHAIDE

militar, porque este sentido alto de nuestro estilo, junto al religioso, son los dos únicos modos «enteros y serios» de entender la vida—como dijo José Antonio.

2. - G u i ó n

Aire y luz: claridad que penetra en los sentidos. Silbo de diana, en la alborada: estudio. vida dura y exacta, con rigidez y alegría: gallardamente, silenciosamente, como quiso el Ausente que fuese nuestro sentir y anhelar.

Los «flechas navales» saben ya del tiempo medido y de las horas trazadas en un adusto perfil de trabajos permanentes. Y tienen su hora de faena marinera, su hora limpia y clara de estudio, su formación religiosa y grave, su desfile suntuoso—arco de cielos luminosos para sus formaciones marciales de las Misas—, su silencio de reposo: es decir, cuanto forma la vida y la hace amable y bella. En Palma de Mallorca, a bordo de ese buque blanco, cuartel y escuela de los niños, hay ya una generación que sabe del rigor ascético de la Cruzada y del fervor castrense de la Hora española. ¡Quiera Dios que pronto vibren en todos los cielos, los clamores de este vivo ejemplo mallorquín, en loor de la Marina Imperial de la Patria!

3. - G l o s a

Los «flechas navales» de Palma de Mallorca tienen también sus nombres elegidos. Han echado al mar, con prodigalidad de buenos discípulos, lo mejor de sus rosas. En el hundimiento glorioso del crucero «BALEARES», entre los héroes que cantando los himnos de la Gloria y de la Muerte, se dieron a Dios, sin regateos de sangre y de sacrificio, iban ocho flechas, clavados ya en el corazón de Cristo, desde el arco de fuego de aquella febril y dura madrugada del 6 de Marzo. Más rápida no ha podido ser la enseñanza ni más perfecto el examen de aptitudes varoniles. Ellos—niños, al fin—han sido como ocho flores de la Primavera Imperial. ¡Y mirarían las estrellas—esas estrellas agudas, frías, extáticas de las dos de

la madrugada, tan altas, Señor, tan claras—con sus brazos extendidos, llenos de espuma y de sangre, rígidos del amor de Dios, en la solemnidad espartana de la Muerte, amoroso tránsito de la vida terrena a la Vida de los siglos sin contorno, a la vida del tiempo sin tiempo, de la música excelsa y penetrante sin compases ni paradas.

Por España, ellos saben cantar y disciplinarse, a la hora exacta y espléndida del esfuerzo. Y sobre todo: ganan la fe y la alegría—¡tanto tiempo perdidas por la juventud española!—en un mar sin límites, cuyo rumbo providencial y divino nos dió una tierra nueva.

Bajo la sombra de la Bandera Patria. En primer término, el flecha Jorge Carlés, guión de la escuela de Palma, y el Excmo. Sr. D. Francisco Bastarache, Almirante y Consejero Nacional de España.



La gesta triunfal del "BALEARES"

Aquellas tierras que lo vieron pasar....

Por Luis DE BARJA

Una gesta más: un nuevo gesto.

Y la tierra de España ha vibrado al temblor de aquella dura y difícil madrugada del 6 de Marzo.

Y la Historia—atlética, robusta, ancha, como una bocanada de viento eterno—continúa bajo la impasibilidad de las estrellas, su marcha ascendente, dura, gloriosa, hacia Dios.

Una gesta más: y se nos ha quedado, hondo, quieto, rígido, el crucero «BALEARES» dentro del mar: el nuestro, el de Roma imperial y materna; el mar de los siglos y de la vida; el mar de los triunfos, que dió, con precisión evangélica, estabilidad y misión a la Cruz.

¡Dios te bendiga, Crucero de los cánticos de muerte, por la severidad espartana con que diste perfil de épica y tono de crónica—¿y cantan, en medio de la muerte?—a tu descendimiento triunfal!

Ahora tendrá el mar henchidas de músculo sus gruesas espaldas de viento y espuma. Y se agitará, bravamente, estremeciéndolo todo, en torno al oleaje. Para que suene en las orillas, la canción de su última jornada de fuego, del último zafarrancho de combate.

* * *

Fué así: todo entero. Como el cuerpo de Dios, que se ofreció, en lo más alto del Calvario, a la ingratitud de los hombres, por salvarlos. De la costa adorada de levante, enviaron la muerte al cortejador que trataba de darle la vida.

Fué así: crucificado en el viento, cara al sol, en medio de la espuma, bravo entre los bravos, todo, hundido para el Honor de España cerca del perfil de nuestra costa.

El aliento muscular del «BALEARES», ébrio de sol, que nos traía, cada 30 días de navegación y vigilancia, el balance de sus jornadas de fuego, se ha hecho himno y trofeo, romance y cántico, llamaradas de torres desgarradas, para ofrecerse—buen amante, mejor cortejador—a la tierra del mar y sentir, dentro de las algas de su casco, la contienda, dura y reposada, de sus triunfos.

* * *

¡Costa de España: Valencia dorada y azul, que te hundiste en el cieno y lloras la espera de las bayonetas inmortales de Franco!

¡Costa de España: Alicante, cárcel marinera y santísima, avanzada y Castillo, que encerraste en tus entrañas la vida del Ausente!

¡Costa de España: Cartagena de los navíos traidores de crímenes y fuego, de refugio cobarde!

¡Costa de España: Almería la blanca, reina de la luz de los árabes, con tu Alcazaba oscura y triste, silbo de dolor en el silencio, que lloras, bajo la luna, la vieja presencia de Cristo en tu cerro de San Cristóbal, trono de Dios, cúspide y sagrario de tus calles empinadas, de sol y siesta, de esparto y uva, de polvo grana de los Embarcaderos del Zapillo!

¡Llorad, lloradlo fuertemente, febrilmente, con toda la fiebre de una noche de agonía!

Porque el Crucero de los cánticos de muerte, columna de fuego y acero frente a vosotros donde flamea a los vientos del mundo el heroísmo de una Raza y de unos hombres, se ha hundido por ganáros el corazón y la sangre con el calor de sus brazos y la gallardía de sus torres.

Y porque, todos los días, os mostraba su silueta de hombre y os quería cantar, cerca, cerca, como los buenos amantes, su pasión exaltada.

Y una madrugada—tibia y oscura, como una lengua de calor—lo hirieron los barcos sin rumbo de la cobardía en medio del pecho y lo hundieron en el silencio salado de los mares.

¡Llorad porque un día, cuando tiemblen vuestros campos y vuestro cielo ante el paso triunfal de las bayonetas del Caudillo, sentiréis la angustia amarga de no verlo junto al cantil de vuestros muelles!

¡Y oiréis—«¿y cantan, en medio de la muerte?»—cuando los hombres hablen en vuestras orillas de sol, de la Cruzada y de la Victoria, aquellos versos que florecieron, en el ejemplo morado y húmedo de las bocas hundidas en la muerte, para cantar, después del tránsito, en la Vida:

...con la gloria o con la muerte
una cita en alta mar!

* * *

Fué así: todo entero. Como el cuerpo de Dios, sangrante, iluminado, muerto en Cruz, para resurrección eterna.

Y fué así porque la Gloria, a 70 millas del cabo de Palos, había estado toda la noche, al filo ya de aquella madrugada del 6 de Marzo, arrojando en la mar, manojos de azahares y ramas de laureles. Y rosas de sangre, para las puntas de las flechas fundidas, para los yugos atados a la carne de los hombres!

1. Tomó entonces Pilato a Jesús, y mandó azotarle.

2. Y los soldados formaron una corona de espinas entretreídas, y se la pusieron sobre la cabeza; y le vistieron una ropa o *manto* de púrpura.

3. Y se arrimaban a él y decían: ¡Salve, oh Rey de los judíos! y dábanle de bofetadas.

4. Ejecutado esto, salió Pilato de nuevo a fuera, y dijoles: He aquí que os le saco fuera para que reconozcáis que yo no hallo en él delito ninguno.

5. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y revestido del manto o *capa* de púrpura. Y les dijo Pilato: Ved aquí el hombre.

6. Luego que los Pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: Crucifícale, crucifícale. Díceles Pilato: Tomadle allá vosotros y crucifícadle, que yo no hallo en él crimen.

7. Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos una Ley y según esta Ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.

8. Cuando Pilato oyó esta acusación, se llenó más de temor.

9. Y volviendo a entrar en el pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le respondió palabra.

10. Por lo que Pilato le dice: ¿A mí no me hablas? Pues ¿no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está el soltarte?

11. Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí si no te fuera dado de arriba. Por tanto, quien a tí me ha entregado es reo de pecado más grave.

12. Desde aquel punto Pilato aún con más ansia buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces, diciendo: Si sueltas a ese, no eres amigo de César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César.

13. Pilato, oyendo estas palabras, sacó a Jesús consigo a fuera, y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho en griego Lithóstrotos, y en hebreo Gábbatha.

14. Era entonces el día de la preparación, o el viernes de Pascua, cerca de la hora sexta, y dijo a los judíos: Aquí tenéis a vuestro Rey.

15. Ellos, empero, gritaban: Quita, quítale de en medio, crucifícale. Díceles Pilato: ¿A vuestro rey tengo yo de crucificar? Respondieron los Pontífices: No tenemos rey, sino a César.

16. Entonces se le entregó para que lo crucificasen. Apoderándose, pues, de Jesús, le sacaron fuera.

17. Y llevando él mismo a cuestas su cruz, fué caminando hacia el sitio llamado el Calvario u *osario*, y en hebreo Gólgota,

18. donde le crucificaron, y con él a otros dos, a los dos lados, quedando Jesús en medio.

19. Escribió asimismo Pilato un letrero, y púsole sobre la cruz. En él estaba escrito: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.

20. Este rótulo le leyeron muchos de los judíos, porque el lugar en que fué Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad; y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.

21. Con esto los Pontífices de los judíos representaban a Pilato: No has de escribir: Rey de los judíos, sino que él ha dicho; Yo soy el Rey de los judíos.

22. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito.

25. Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana o *parienta* de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena.

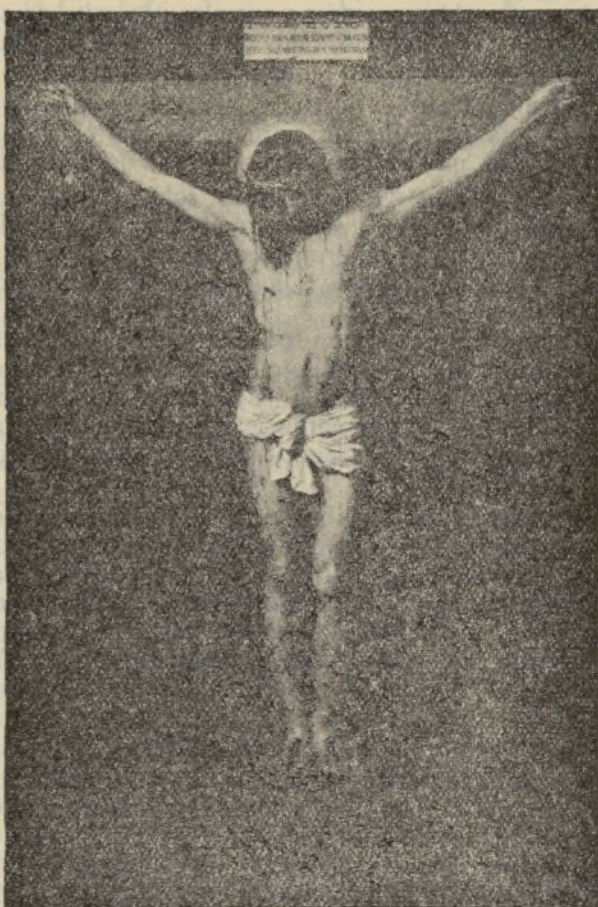
26. Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre, y al discípulo que le amaba, el cual estaba allí, dice a su Madre; Mujer, ahí tienes a tu hijo.

27. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. Y desde aquél punto encargóse de ella el discípulo, y la tuvo consigo en su casa.

28. Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas (para que se cumpliese la Escritura), dijo: Tengo sed.

29. Estaba allí puesto un vaso lleno de vinagre. Los soldados, pues, empapando en vinagre una esponja, y envolviéndola a una caña de hisopo, aplicáronselas a la boca.

30. Jesús, luego que chupó el vinagre, dijo: Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó su espíritu.



Estampas de la Pasión • Y Jesús dió una gran voz

Al mediodía se nubló el sol, y una prematura noche, que comenzara con un crepúsculo cárdeno y amoratado, se fué extendiendo por la tierra. La tierna y jubilosa tarde de Nisán, se fué tronchando en manos de las sombras, como una flor a medio abrir, frustrada en su primer éxtasis de belleza. Ululaba el can despavorido y revoleteaban medrosas las aves con aquella noche falsa en los ojos...

Al propio tiempo, un silencio denso, cuajado de funestos presagios, fué cayendo sobre el lugar del crimen. Caía lento, pesado, como si quisiera aplastar aquellas conciencias mordidas de maldad; petrificar aquellas lenguas alumbradas de odio.

También Jesús callaba. Reconcentrado y mudo, volvía a vivir en el recuerdo los pasos de su Pasión, como apurando en toda su hondura los padecimientos que voluntariamente había echado sobre sus hombros.

Pero cerca de la hora nona, Jesús rompió aquel silencio en que estaba sumido: alzando la cabeza y elevando al cielo los ojos llenos de sudor y de sangre, en un estremecimiento de todo su cuerpo, lanzó una gran voz—«el más triste canto, y la más dolorosa voz que se oyó jamás en todas las generaciones», dice Luis de Granada—, clamando el abandono de su Padre. Muchos, que no entendieron lo que Cristo decía, se aproximaron a la Cruz, poseídos de una violenta agitación. Un revuelo de inquietante misterio rafagueó por la cumbre del Gólgota. La tierra comenzó a estremecerse en sus entrañas. Y el aire de aquella tarde memorable recogió en sus alas ese grito de santa desesperación para prolongarlo por todas las latitudes y por todos los siglos... «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

¡Sublime misterio de Dios agonizante! «Si alguien pudiera comprender esta frase—dice el P. Lagrange—, serían las grandes almas en las últimas purificaciones; pero si pueden sentirla, no podrán jamás explicarla. Sólo San Pablo tuvo autoridad bastante para decir de Jesús una palabra, que aún parece más fuerte, y que de alguna manera explica aquel grito arrojado desde la cruz». ¡Divino enigma, que no acabarán nunca de descifrar las más finas exégesis de los hombres!

Jesús dió una gran voz... Pero Jesús estaba ya sin fuerzas, roto, deshecho, desangrado. Pero en el Calvario se había hecho un profundo silencio, un silencio de pavor y oculto remordimiento, sensible a cualquier palabra que saliera de los labios agonizantes del Crucificado. Pero clamar ahora así, era dar pábulo y como razón a sus enemigos, que se le habían mofado porque El, que se había predicado Hijo de Dios, no recibía en el momento supremo la protección de lo alto.

Sin embargo, Jesús, con gran clamor, que resonó en todos los oídos, proclamaba ahora el abandono de su Padre... Era que así convenía a los planes divinos. Porque si hasta entonces había sufrido en silencio, con mansa resignación, todos los martirios, antes de morir era preciso que acercase a los hombres sus padecimientos físicos y morales; su laceria y angustia humanas; sus vivas llagas candentes, sus miembros desgarrados, su cabeza lacerada por las pungentes espinas; su cuerpo todo—en la acerbidad del sufrimiento—chorreando sangre de generosidad, que descendía de la Cruz y salpicaba la fimbria del manto de María.

Y su alma, hecha nidal de insaciables sierpes de tribulaciones. Convenía mostrarle al hombre su carne dolorosa de hombre; su ánimo sumido en la negra desolación de la muerte. Para que por su dolor, su agonía, su muerte, supiese el hombre sufrir y morir, amparado en el divino desamparo. Convenía, en suma, darle al hombre su carne auténtica de mártir. «Ello es lo cierto—dice el P. La Palma, comentando ese clamor de abandono de Cristo—, que padeció el Salvador con tanto silencio y tan profunda paciencia, que... pudieran sospechar... si tenía, por ventura, la carne de bronce y la fortaleza de piedra; la cual por eso no se queja cuando la labran y le dan golpes... Y aunque este silencio era necesario para darnos ejemplo de paciencia, más para lo mismo era necesario también que se entendiera que había mucho que padecer».

Ni de bronce ni de piedra. Carne doliente y alma acongojada. Por eso, un momento aproxima Jesús su cumbre de humana desesperación hasta el hombre; para que quedase bien certificada la realidad de sus tormentos. (Porque allí cerca estaban los que muy pronto habían de soñar un Cristo ideal, con sólo una apariencia de hombre). Se abaja hasta la tierra, en sazón de su padecer, para enseguida ascender de nuevo a lo alto del árbol santo, florecido de todas las primaveras de dolor: al mismo silencio y conformidad divina de antes. (Porque allí estaba, también, aquella tarde única, la seca mente racionalista, dispuesta a levantar su Cristo de arcilla humana, tímida y flaca en el último trance).

Después de su humano acercamiento a la tierra, ya podía volver a su cima de callados suplicios, por donde resbalaban las tinieblas como lúgubre sudario. Para ser el Crucificado, en humano abandono y en divina resignación, de todos los pueblos y de todos los tiempos; alto, sumo, entre nubes cárdenas que ruedan sobre su frente, con fragor de tormenta; sobre todos los crucificados en el dolor.

—¡Oh esforzados mártires de España!—, que ya no morirán desamparados... Ya, sí, podía volver a exprimir en silencio, sobre todas las llagas terrenales, el licor celeste de su abandono. Así, alzó para siempre hasta el cielo la humanidad humilde, hundida, despreciada. «Así entonces—escribe el dulce San Juan de la Cruz—hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y maravillas había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fué reconciliar y unir al género humano por gracias con Dios».

P . P É R E Z C L O T E T .

LA VOZ DEL CAUDILLO: No queremos a una España vieja y maleada; queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer Imperial de nuestro pueblo.



Sendas sagradas

Las Rutas del pretérito

por Juan M. ONETO

La luna de Nisán enciende tras el véspero violeta su lámpara de oro. Jerusalén se recata en las sombras de sus piedras venerables, de su propia arquitectura, con sus elevaciones a la plástica y a la forma vital. Jesús de Nazaret, espera...

Oleografía multicolor. Hermano que piensas, alma que vibras, medita en el instante, en la suprema emotividad del momento, un soplo dinámico lo anima porque la mente gigantesca del sublime Redentor del género humano, está llena de piedad y los primeros rubíes asoman a su frente, componiendo así la prístina orla de su éxodo.

Su sangre generosa, cálida púrpura, se inicia impaciente para el bien y la ternura. Es bálsamo para el sangui-nario, para el verdugo, manantial que abrirá los ojos al guerrero infame, el cual empuñará la lanza para herir el costado del prendido Hacedor.

¡Qué intensos los perfumes de Samaría! Olivos y naranjales se agitan tumultuosos. La naturaleza es más sensible que la torva intención de tantos fariseos.

Tiembla el mar en Galilea, las tierras de Galaad, las arenas de Egipto, los caminos de Damasco. En los bosques gimen tenuemente las hojas de los guindos, adelfos y limoneros. Todo paraje que retiene con la imagen del Señor, la emoción de su paso, presiente la angustia de la hora.

En el huerto de las soledades, mientras dormitan los seguidores, el dulce Nazareno es una fuente de conceptos y verdades. Se perfuma el aire con su voz clarificada de matices. Una espiga dorada —escala de cielo— llega hasta El y sus manos se crispan, se unen; sus ojos se humedecen endidos, tiembla su cuerpo todo. El Padre le asiste y un Angel le consuela, porque queriendo el bien y la redención del mundo, la ingratitud, sorda a sus predicaciones, le preparaba en tanto un salario de ignominia.

Pero estaba escrito, y mecánicamente, simultáneamente, se producía todo...

Ya han pasado las horas y los siglos y en días pasados una loca porfia nos agita. La perversión se agudiza, el vivir se corrompe. No hay acuerdo. Nos faltan creyentes, nos sobran fingidores. Taifa mala, adentrada, incisivamente clavada, introducida en la diana de nuestra Religión. ¡Cómo arrancarlas sin herirnos!... Pero El lo vé todo. Estaba triste siempre porque sabía del comedio y le asqueaba la visión de los mercaderes que invadían el templo, con sus provisiones de malicias y de cosas simuladas.

Ahora un látigo de leyes exactas, se dibuja en la albura dorada de una pausa. La plasmación del Tetrarca tiembla junto a los surtidores que lloriquean partículas de cristal y repasan su rosario de monotonía. Pasadas las columnatas de contextura jónica, se presiente a Salomé cohibida tras el amparo del velarium. Una clámide salpicada con el rocío de unas perlas se acusa como alfombra de sus pies diminutos, de danzarina aleve y el fantasma del Profeta cruza radiante el Peristilo.

El Lictor se embriaga de sangre figurada contemplando las llamas ondulantes de una hoguera. El nocturno oriental, repujado de exorno romano, se llena de lanzas y armaduras, de voces apagadas que increpan y de maquinaciones inícuas. Se conspira y se teme y la ira puede más. La soberbia, la omnipotencia, el oropel...

El Divino Ser, augusto y sereno, efectuado el refrigerio de amargura, aguarda el pago negativo de su acción.

Vueltos a su amor los ojos. ¡Qué pequeño, qué ínfimo se nos queda todo!..., hasta el vivir, porque vegetar hogaño sin la estimación preciada del Maestro, es arrastrar la cadena de nuestras pesadumbres por la galería húmeda de nuestro sufrir.

Como el Cirineo, anhelamos la Cruz y al sentirla hecha luz en el hombro, caminamos en éxtasis hacia el Calvario simulado de nuestro término absoluto y entonces un afán de perdonar nos asiste y bendecimos incluso la maldad de los enemigos que visten siniestramente la crudeza violenta de su uniformidad igualadora.

Asciende del Jordán un hálito de apostolado. La Iglesia con su misión evangélica, nos habla de la gesta purificadora y ofrece ríos y arroyos dentro de mármoles labrados por el arte, para los espíritus redimidos.

Estampas de Palestina los cielos del mundo, bajo tanto dosel consagrado, todos los lagos semejan la tersa superficie del famoso Tiberiades. Desplazado o mejor extendido, difundido, el sacro drama de las tierras de Judea, cantan todas las lenguas el himno de la verdad.

Los pueblos que la niegan no son sinceros. En lo recóndito lo cierto es una espina que hiende su alarde de rebeldía. Hay naciones que piden como la hija de Jairo la voz que consuela y vivifica. Un día surgirá glorioso el ¡Hosanna! frente a la expectación de las sinagogas y un baño de azul intenso invadirá el espacio.

En él nos bañaremos todos y fluctuarán las ideas no cultivadas, los pensamientos bellos, las fraternas bendiciones, las banderas heroicas de la paz, todo eso se alzará a la altura luminosa de la gracia.

Las pasiones caerán rendidas, perdidas en el fondo sin vuelo de todo lo mezquino.

El cielo tiene un vivo resplandor de flechas encendidas. Hay un profundo silencio y sólo se oye el vacío. Es absoluta la paz en el aire, y en la tierra, la sangre de los muertos hiere la sembradura heroica, con rosas de dolor.

El novio es una sombra: dura, viva, palpitante, en firme y tensa vigilia de la Patria. Cerca del resplandor de la divina presencia, la novia, como una llama súbita que la palabra de Dios ha llevado a las estrellas últimas. Hay un silencio perfecto: intacto, vertical, de abajo arriba; y todo está como en vísperas de ascensión. La novia envuelta en un resplandor celeste.

El novio.—Te esperaba: con impaciencia de brazos en cruz.

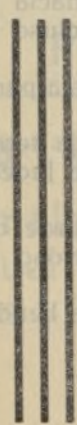
La novia.—No encontraba la flecha de fuego para herir las mías en el haz. Me pesaba el yugo de tu ejemplo. Me elevaban en el aire las flechas de tu muerte.

El novio.—Tardaste. Todos los días, el Señor enviaba a mis brazos una suave brisa de paz y una rosa de santo silencio. Estaba seguro de tu llegada, y veía las banderas en el triunfo de la tierra, y los montes encendidos de clamor de batalla, y las aguas de los ríos en saltos de júbilo.

La novia.—Lo dejé todo. Puse mi vida en tu muerte y en tu hallazgo, como un rayo de fe. En la dura tiniebla de tu marcha, en aquel recinto de angustia donde tu carne se deshizo, lloré, amarga y sola, tu abandono; y afanaba ardientemente abrasarte el hielo de tu forma, con las llamas de mi sangre iluminada y viva. Quise ofrecerte mi brazo y mi yugo: y por debajo de tu cuerpo, para hacerlo más ligero, quise clavarte las flechas de mi espera para borrar la tardanza mía.

Y te ofrecí mi sustancia y mi emblema, mi carne y mi alma, en la Santa Cena de los símbolos, y en coyunda de muerte semejante a la tuya.

diálogo de los novios centinelas



por

francisco
montero
galvache

El novio.—Has cumplido con creces tu ofrecimiento y tu paz. Vienes a mí, radiante, como una hostia en la consagración, levantada en el vacío por las manos de tu cuerpo desgarrado. Vienes más blanca y sencilla, pero con la misma serenidad de nuestras noches de reja. ¡Qué cerca y qué distante todo eso!

La novia.—Adivinaba tu espera: en el bálsamo con que curaba las heridas de los hermanos nuestros.

El novio.—Te esperaba: como eres, igual a tu contorno, creada para el costado de Cristo. intacta, como la flor del milagro.

(Se oyen voces dulcísimas. Los ángeles, en pié, rectos, exactos, forman su guardia en posición de yugo. Bajo el arco de las alas, la novia inicia un canto litúrgico. Suena una música, de cuerdas de arpa.

La novia.—¡Qué tarde, Señor, la de tu muerte! La sombra del día ahogaba mi corazón en un desgarramiento de carne, en una viva angustia de lloro. Te ví tan rígido, que me diste miedo. Tan pálido, que la sangre se me agolpaba en la garganta. Todo mi cuerpo se doblaba, en una viva impotencia de mirarte. ¡Muchas noches te veía en nuestra aldea, en nuestro recinto de angustia, en mi remanso de lecho, dentro de mí, como una comunión cálida y humilde! ¡Parecíame como si la toca fuese la forma de tu carne rediviva, que me abría el pecho en canal para beber mi vida en ansia de hálito!

El aire comulgaba en mi alma, y la sangre tuya al paralizarse, reflejó la mía como la onda de agua en la arena limpia, como la tarde en los ojos del buey que ara!

¡Qué tarde la de tu muerte, y qué angustia la de no verme a tu tiempo exacto, a tu ritmo, dentro del mar de tu gracia, en igual forma que tú!

El novio.—Te ví entre sombras, cuando la vida se me iba. Reía tranquilo y sosegado, porque Dios había escrito en mi frente, al morir, tu nombre y tu llegada. En torno a la sábana chispada, los buenos camisas de mi guardia lloraban amargamente: y yo leía en cada frente, al llorar de ellos, la fecha precisa de su muerte, de su llegada a la verdadera vida. ¡Si supieran la brevedad de su paso, todos los hermanos harían un bello relevo al sol!

La novia.—(Oyendo la música dulcísima).

¿Sientes esa música?

Sí.

La novia.—La adivinaba en mis años primeros: yo decía «la

música de la gloria, será una música suave, blanda, permanente, como arrancada de la presencia viva del Señor.

Cuando comulgó por primera vez, cerca de tí, dentro de tí, en aquella blanca parroquia nuestra, la oía igual que ahora. Cuando lucía en la tierra caliente del verano, mi primer vestido blanco de novia, la oía igual que ahora. Cuando corté en el campo la primera espiga, que me hizo sangre en las manos y tú curaste al borde del río, y hubo de levantar la mirada al sol, para que la lumbre secase el alborozo de mi primera lágrima de amor, la oía igual que ahora: alta y milagrosa, penetrante, como un silbo de vírgenes.

El novio.—La oigo, sí, y dentro de ella, te oigo a tí, transfigurada en el mismo gozo inexpresable.

La novia.—Tú y yo, guardia vertical, guardia vieja y firme, de planta de bronce, de pensamiento de brisa.

El novio.—En santa y definitiva coyunda de paz. En alto y definitivo enlace de bodas de sol.

(Los ángeles ponen en las frentes de los novios, cinco rosas de sangre).

La novia.—(Blanca y purísima: lejos, el sonar de la música angélica).

Tú y yo, juntos, ungidos, como siempre, de la palabra divina, en la forma del Amado.

El novio.—Oye. ¡Ya suena el batir de las alas!

La novia.—¿Qué alas?

El novio.—Las alas de los ángeles que acompañan nuestra promesa firme de vigilar la salvación de España.

La novia.—(Dulcemente).

¡Los ángeles de José Antonio! ¡Los ángeles rectos y blancos, que aguardaban nuestra llegada en la puerta del Paraíso!

El novio.—Los ángeles que no estuvieron nunca tendidos, sino en pie, en posición de inalterable presencia, formando la guardia de los justos. Ellos anunciaron en torno mío, tu ascensión y tu venida, tu casamiento con la muerte, seguida de un blanco cortejo de estrellas.

La novia.—Lo dí todo por tí. Pesaba en mi pecho el yugo, como un amor reposado y firme, que nos agobia de santa inquietud. Volaban las flechas, ligeras y doradas, como rayos de luz, como alas de sol, sobre la misma vereda de evangelio.

El novio.—Así te esperaba: blanca, como el día de tu purificación, de tu bautismo, como en la mañana de aquella boda que la muerte no quiso dejarnos gozar, como aquella luna de Julio que se hizo en nosotros, dentro del fuego de nuestro paisaje mariner, carne de sacrificio y sangre de ventura.

La novia.—Te seguí, y aquí estoy. Una bala, igual a tí, salida del mismo brazo, disparada con la misma intención, segó mi carne y me dejó sin vida. Una sombra densa, igual que a tí, me envolvió en su boca de amargura.

El novio.—Y la misma llama envolvió nuestras vidas, fundidas para el servicio de Cristo.

La novia.—Tú y yo, enlazados, en la forma celestial de lo Eterno.

El novio.—Para velar eternamente la primavera que desciende a la tierra de España...

La novia.—...y al mar.

El novio.—...y al aire, en que cruzó la lengua de fuego que abrasara nuestra lucha.

La novia.—(Cada vez más envuelta en un resplandor azul).

Deshojemos, Amado, las cinco rosas de los ángeles, en la primavera que desciende, para que el dolor tenga sabor de castidad y de gloria.

El novio.—Y que el Señor bendiga a los hijos de España.

La novia.—Eternamente.

El novio.—Y que canten al sol, en la sombra de la tierra, la vuelta de las banderas de la fe.

La novia.—Llenas de nuestra sangre.

El novio.—Nosotros, ungidos de la presencia de Dios, bajo la Guardia de las espadas de los ángeles.

La novia.—A rezar por España.

(La luz se ofrece plena y celeste. Todo está envuelto en hondo silencio de vísperas. En la tierra de todas las aldeas, las novias cantan y rezan, en oración fervorosa. La tierra al rozar de los cánticos, se ilumina de voiceo.

Queda, como un apagamiento, un suave y dulcísimo claror de estrellas).

N
O
C
H
E
P
L
E
N
A



● Por CECILIO PANIAGUA

los poetas de "CAUCES"

MISTERIO Y RAZON

DEL PRIMER VIERNES SANTO

Luis SUÁREZ RODRIGUEZ.

ESCENA:

Tres cruces donde han de morir tres condenados, han levantado en las breñas de un monte desnudo. En la de enmedio, señera y con resplandores sobrenaturales y misteriosos, agoniza el más fino Amador de quien hace mérito el romance.

Fondo y Paisaje

Rosas de pasión, mil rosas, han florecido fragantes en la oquedad de las piedras por cada gota de sangre. Florecida primavera en un día memorable que trueca en morado el blanco hasta en los lirios del valle.

Plática

Todo es algo incomprensible, todo, en la angustiosa tarde de aquel primer Viernes Santo triste, de tristezas graves. Es otoño en primavera que con luna llena nace. Es que el Amor lo hizo todo y se erigió dominante sobre el calvero desnudo prendido de soledades. Al mismo Dios tiene preso; cosida de Dios la carne a la madera la tiene. ¡Buen Amor qué bien lo haces! Aquél que por su palabra echó a rodar por los aires

miles de miles de mundos, si quisiera desclavarse, reñir tuviera contigo y eso sí que en El no cabe. Vino al mundo en tu regazo —un pesebre por bagaje— y te lo llevas de él en desposorios de sangre.

No encontrarás Amador ni más fiel, ni más constante; nada nuevo he de decirte cuando yo sé que lo sabes. Este es el misterio, éste del amor que es insaciable. ¡Ah!, si quisiera, una voz, una voz sería bastante sin que menester tuviera pasión y afrenta tan grandes. Todo el mundo a su conjuro nació cuando dijo: ¡Hágase!, y, sin embargo, no quiere que esta cosa le sea fácil. Quiere ver sus carnes rotas, quiere sus miembros sangrantes, desgajados, porque puedan todos los huesos contársele. Quiere el corazón abierto transido de parte a parte.

Quiere—¡locura de amor!— ver su cabeza colgante, —flor tronchada en lozanía por los fieros vendavales—, respunteada de espinos, sucia de saliva y sangre y, como el lirio del campo, morada de cardenales. Quiere, dislate de amor, que los rebenques le marquen —rejas de divino arado—, unos surcos que señalen camino, verdad y vida, en gracia de manantiales; porque así, por el misterio de las eternas bondades al surco, no va la siembra sino que el surco la esparce.

Este es el misterio, éste de aquella angustiosa tarde cuajada de pesadumbres, preñada de soledades, llena de lúgubres ecos, clamor que flota en el aire. Amor de Dios que es delirio; Amor de Dios insaciable. Dios que está clavado a un leño y no quiere desclavarse.

CAMINOS

(Ansiedad de caminante).

Los tres iguales
de largos, de fríos.
Los tres besando
al horizonte
perdidos
en la niebla
del río.
Y sin embargo
alguno ha de ser
el que me lleve
a los lirios.

¿Cómo saber

cual es? ¡Señor!

Si en mi martirio

no distingo

las huellas

de mi camino seguido.

Y hay tres ¡Señor!

los tres iguales

y uno sólo

tan sólo

es mi camino.

JESÚS DE LAS CUEVAS

¿Quién será...?

¡Qué de encantos reunes en ese cuerpo que cimbreo al impulso de tu paso suave como el céfiro!...

Amapola olvidada que en el césped mueve su talle esbelto al sentir las caricias de la brisa...

¿Quién será el peregrino que descubra el secreto de tus pasos inquietos y difíciles, de tus pasos sutiles y ligeros?

¿Quién será el adivino que descubra el secreto imposible y eterno de tu espíritu?...

GUILLERMO
RODRIGUEZ MORALES.

Día 5 de Abril. San Vicente Ferrer.

Hé aquí un español que trabajó por la grandeza de España como pocos. Nace en Valencia, el año 1.350. Muere en Vannes (Francia), el año de 1419. Sesenta y nueve años de vida muy llenos, muy aprovechados.

Vistió el hábito dominicano y, a la luz de la Filosofía Tomista, resolvió los grandes problemas que entonces preocupaban a la Iglesia y a la Patria.

La trilogía que llena la vida de San Vicente Ferrer se podría resumir así: Caspe, Cisma de Occidente, Conversión de los Judíos. Cualquiera de estos tres asuntos bastaría para hacer a un hombre grande. La suma de los tres hace de Vicente Ferrer un hombre providencial, extraordinario en la Historia de España de mediados del siglo XIV y comienzos del XV.

El Compromiso de Caspe nos revela a San Vicente como un consumado estadista. Muere Martín *el Humano*, Rey de Aragón, sin dejar sucesión directa al trono, y se desatan las ambiciones de los pretendientes, que eran seis. Y no seis cualesquiera, sino seis nietos de Reyes de Aragón por diversas líneas. Chocaron las pasiones y amenazaban chocar las armas, convirtiendo el suelo patrio en campo de Agramante. La guerra civil era inevitable. El Arzobispo de Zaragoza cayó asesinado por Antón de Luna, partidario del conde de Urgel.

La opinión pública demandaba a gritos la mediación de Vicente Ferrer en el asunto. Los Parlamentos de los tres Estados, Aragón, Cataluña y Valencia, se reunieron separadamente en ciudades, a las que la terrible contienda que hoy riega de sangre el suelo patrio

Orientaciones Católicas: UN ORFEBRE DE LA ESPAÑA IMPERIAL •

presta una palpitante actualidad. El Parlamento aragonés se reunió en Alcañiz, el catalán en Tortosa y el valenciano, parte en Traigués y parte en Vinaroz. Se accedió a reunir en Caspe un Parlamento, compuesto por tres jueces o compromisarios nombrados por cada Estado, obligándose las partes representadas a aceptar como sucesor al trono de Aragón al designado por seis votos, al menos, de los nueve. Fueron enviados como Parlamentarios por Valencia San Vicente Ferrer, su hermano Bonifacio, prior general de la Cartuja, y el doctor Ginés Rabasa, más tarde sustituido por el doctor en Derecho Pedro Beltrán. Entre los tres jueces catalanes, figuraba el Arzobispo de Tarragona, y entre los tres aragoneses el Obispo de Huesca.

Se discutió ampliamente el derecho de todos los candidatos. Y el 25 de Junio de 1412 se procedió a la votación, siendo el primero en hacerlo San Vicente Ferrer, a favor del Infante D. Fernando de Antequera, Regente de Castilla. El peso de la santidad y sabiduría de Vicente inclinó la balanza a favor de su candidato, quien obtuvo seis votos de los nueve, quedando solemnemente proclamado Rey de Aragón el 29 de Junio del mismo año.

Jamás olvidaron Fernando de Antequera ni sus hijos y sucesores ambos en el trono de Aragón, Alfonso V el Magnánimo y Juan II, lo que debían a San Vicente, nada menos que la corona de Aragón con todo su peso, con toda su gloria y con todo su porvenir en la Historia de España, pues estaba destinada a la altísima empresa de realizar la unidad política española por su fusión con la corona de Castilla y León en la persona de un nieto de Fernando el de Antequera, llamado también Fernando, Fernando II de Aragón o V de Castilla, Fernando, en una palabra, el *Católico*, el que comparte con Isabel de Castilla el glorioso simbolismo del yugo y las flechas.

Esa unidad política tuvo sus cimientos en el Compromiso de Caspe, de donde salió Rey de Aragón el abuelo de Fernando el *Católico*, por obra y gracia de San Vicente Ferrer.

Cisma de Occidente. Gran escándalo para la Iglesia Católica. Dos dinastías pontificias se alzaban retadoras frente a frente, una en Roma, otra en Aviñón. El Tiber contra el Ródano. Las lágrimas de los buenos cristianos engrosaron el caudal de ambos ríos, durante aquellos cuarenta años de cisma (1378-1418). Figuraron en la dinastía de Papas Romanos Urbano VI, Bonifacio IX, Inocencio VII, Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII. Durante el Pontificado de éstos, sólo hubo dos Papas avinioneses, Clemente VII y el aragonés Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII.

Hubo momentos en que la renuncia de éste hubiera resuelto de plano tan árdua cuestión. Pero fué una lástima que la terquedad aragonesa, tan fecunda en gloriosas gestas para España, en esta ocasión se obstinase en no transigir. El más poderoso pilar de la resistencia del Papa Luna era el apoyo de la Corona de Aragón. Ni las súplicas de los Reyes, de los teólogos, de los santos, de los estadistas lograron mellar la resistencia de Benedicto XIII. Mientras él contase con la adhesión de la Corona de Aragón, lo demás le tenía sin cuidado.

Pues San Vicente Ferrer logró convencer al Rey de Aragón de la gran conveniencia de que retirase su apoyo al Papa Luna, y así lo hizo. El mismo santo dió lectura el 6 de Enero de 1416, en Perpiñán, al acta de sustracción de esta obediencia. Con ello, dejaba libre el campo a los Padres del Concilio de Constanza, para que en 1417 procediesen a la deposición de Benedicto XIII y a la elección de Martín V, a Papa único, terminando así el cisma. A donde no llegaron los buenos oficios del Emperador Segismundo, de tantos y tantos magnates y santos, llegó la actividad e inteligencia de este santo español.

La conversión de gran parte del elemento rabino que convivía en España con el elemento cristiano fué la gran obra de Vicente Ferrer. En ella resplandece por modo admirable su santidad. Las principales Juderías de Toledo, Valencia, Teruel, Valladolid, Segovia y Salamanca, escucharon su palabra encendida y le dieron lo más selecto de sus miembros, para que los llevase a la pila bautismal. Vicente Ferrer es el apóstol del *ghetto* español. En la colección de sermones que nos ha legado, los mejores sin duda son los dirigidos a la conversión de los judíos. A esa predicación se debe la conversión de Pablo de Cartagena. después esclarecido Arzobispo de Burgos. Y en esa predicación, le acompaña como testimonio de su divina misión el don de milagros, el de profecía y el de lenguas. La familia Cartagena dió testimonio de su gratitud al santo, deponiendo en su proceso de beatificación acerca de muchos de estos prodigios de que fué testigo.

Ved lo que es un santo español. Un modelo de ciudadanía y de patriótica fecundidad. Porque los santos han sido siempre los mejores ciudadanos. Nos dejaron trazada una huella, para que la siguiésemos. Y nos enseñaron también a arrancar las hojas del calendario,

Teodoro Molina Escribano

porque somos legión los que las arrancamos mecánicamente, sin tomarnos la molestia de leer los nombres de los santos, destinando la hoja a hacer pajaritas para matar nuestro aburrimiento.

Y ya va siendo hora de que leamos las hojas del calendario con los ojos del espíritu, más que con los del cuerpo. Y meditemos despacio en aquellas vidas, que son las vidas selectas de la humanidad, para hacer las nuestras menos infecundas.

Sólo así, nos daremos cuenta de lo que significa esta hoja:

Día 5 de Abril. San Vicente Ferrer, Confesor.

Cimentador de la unidad política de España.

Debelador del Cisma de Occidente.

Apóstol del *ghetto* español.

Orfebre, en suma, de la España Imperial.

éxtasis

Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí.

(San Juan: Cap. 15-18).

El libro se le había caído de las manos finas de marfil angélico y este pasaje en el tapiz sin sueño de todas las noches, no era torpeza de los dedos, ni cansancio de una postura largamente sostenida; era sencillamente un símbolo.

El símbolo de una luz interior que le crucificaba el alma en misteriosas inquietudes; el fuego de una eterna y silenciosa batalla entre la cruz teológica y su carne morena. La apostólica lucha entre materia y espíritu, que tan exactamente había planteado San Pablo, en el capítulo VII de la Epístola a los Romanos.

Por estética del alma, por refinamiento de los sentidos extrañamente iniciados; él amaba la armonía sobre todas las cosas. La armonía del cristal con el agua, la música de la flor con el viento, la caricia del mar sobre la arena; la exactitud entre el número y la estrella.

Sólo le faltaba unir estas dos cosas: Luz y sombra, barro y diamante, polvo y gloria: Cristo y Mundo.

Cristo en la realidad exacta, en la huella de nardo de sus pasos por el Evangelio, no como han pretendido en un apoteosis de tisú y cera desfigurarlo los hombres; y Mundo en su acepción de vida, de nivel moral, de sociedad organizada y de costumbres establecidas; no en la física, ni en la geológica, ni en la dinámica, que en este aspecto de la armonía cósmica era perfecto; maravilloso espejo de la sonrisa de Dios.

Buscando la clave, el eslabón roto, el arco partido entre el dogma tajaante y la moral flexible, entre el precepto rígido y las actitudes convencionales; se preguntaba, si él tenía la razón del mundo, o el mundo una razón por encima de sus argumentos.

Numéricamente, sometida la cuestión a un plebiscito de masas, quizás hubiera creído que la verdad estaba en el otro lado; por fortuna, los problemas de metafísica no se decidían a fuerza de votos; de todo lo que el liberalismo político había manchado con su contagio; una sola cosa se había salvado de la democracia: la Filosofía.

Pero la Filosofía condensada en páginas de extraordinarios destellos, no le aclaraba el problema, al contrario, se lo oscurecía más, se lo ampliaba en dimensiones de deleite. Se le abrasaban de sed los labios que el deseo desgarraba y tuvo que esconder su rostro en el claro de luna, donde el círculo rayado de plata, era el consuelo místico que Dios le enviaba al calvario de su Getsemaní sin ángeles.



siones tan grandes, tan extensas, tan infinitas, que el templo de sus dieciocho años vacilaba, como la nave sin ancla por mares de tinieblas y al costado de todos los vientos de la duda.

Preguntó a las gentes, y las gentes le volvieron la espalda.

Loco le llamó el mundo que acostumbra a decidir estos fallos precipitadamente, con una ficha extendida a las puertas del Manicomio.

Y he aquí como por ese anhelo profundo de descubrir cosas, se encontró un día aquel pobre muchacho entre la espada y la pared: inundado de razón y a las puertas de la locura.

Desde la orilla caliente de promesas eróticas, dieciocho años de juventud, le gritaban todos los días al oído de su carne morena.

—¡Tira el libro, ven con nosotros!

Allá dentro en el fondo de su alma se libraba incruenta la más horrible de todas las batallas.

—¡No vayas; abrázate al libro, es tu cruz!

Triunfó esta voz, entre angustias de muerte de una agonía sin sangre.

Por el cristal de su renunciación heroica, pasó el amor, la risa y las copas col-

ladas de la locura. Por el cristal de su renunciación heroica, pasó el amor, la risa y las copas col-

Desde aquel día empezó a vivir o a morir a contraluz de los hombres y de las cosas, una vida interior que se abría cuando empezaban a cerrarse los párpados. Alucinación se llamaba a esto en la terminología materialista de quirófanos laicos; éxtasis en la comunión de los santos.

Sonaba imágenes que la retina no había visto nunca, palabras que jamás fueron pronunciadas, y perfiles nuevos que descubría el tacto con una alegría virgen de sensación inédita.

Veía un mar partido por una raya verde; veía estrellas en el fondo del agua, y marfiles de cráneos vacíos en un horror sin ojos cuyos huecos inundaba la luna.

Y por encima de todo se veía asimismo, enfermo, moreno, pequeñito, intentando taladrar con el dardo de su curiosidad infinita aquel profundo enigma contra el que se estrellaba su angustia.

—¿Quién tiene razón Dios mío? ¿Quién esté equivocado ellos o yo?

En la hora de la carne él juntaba las manos y suplicaba ardiente.

—¡Quítame Señor esta sensibilidad enorme que me daña el espíritu! ¡Dame otro cerebro y otra inclinación! ¡Haz que sea como ellos!

En la hora del espíritu, lloraba arrepentido:

—¡No me hagas Señor, no me hagas como ellos, no quiero caer tan bajo.

Déjame incomprendido, con dudas, solitario; déjame con el caliz de mi destino amargo. Sólo te pido fuerzas para llevar la cruz.

Dios tan infinitamente exacto, quiso llevárselo del mundo en esta hora para que subiera a los cielos en una constelación de esmeralda.

Por este tiempo, los periódicos hablaron de un extraño accidente donde el cuerpo de un muchacho se había encontrado sin vida al borde de una playa. Estaba cumplido el signo; los caminos no importan.

Trámites judiciales; inquietud en los vecinos y a lo largo del Puerto, en torno del cadáver, un rosario de asombro.

—¡Un ahogado, un ahogado!
—¿Tiene ya hinchado el vientre?
—¿Reventados los ojos?
—¿Tendrá la boca negra?

* * *

Llegaron al lugar del cadáver y mientras los hombres fuman preocupados, las mujeres no paran de hacerse cruces.

Tres días había certificado el médico que aquel adolescente era cadáver, y sin embargo no había en todo su cuerpo el menor síntoma de la deformación que le habían achacado.

Yacía derribado sobre la arena como una estatua horizontal de bronce.

Los ojos sin luz, parecían haberse cerrado dulcemente y había en el repliegue de sus labios finos una intuición de infinita serenidad.

—¡Prodigio, prodigio!—repetían las gentes como un salmo.

—No lo entiendo, no lo entiendo!—murmuraba el doctor.

Y era diáfano el milagro a los que ven sin ojos.

Aquello era la última fase del Extasis; la transfiguración de los bienaventurados.

G O N Z A L O V A L D A U R A .

CRISTO CAIDO por F. G. T. ●

Jesús bueno, humilde, dulce; estampa de marfil por las piedras de la Jerusalén Santa.

Jesús tendido por el cansancio humano de la cruz en la calle de su inmensa amargura.

¡Qué maravillosa lección ésta de tu caída!

Para todos. Para ellos y para nosotros.

Para los que estamos con Roma—luz teológica del Concilio de Trento—y para los que rompieron con el dogma por sutiles divergencias del alma.

Para el orbe y para cada uno.

Estampas de la Pasión del Señor; gestos de Cristo en mármol de los siglos que ahora nos trae la Primavera, en brazadas de sol y de azahar como un remate santo del calendario, morado de lirios, de rasos litúrgicos y de ojeras azules en el cristal de las madrugadas lívidas.

Estampas de la Pasión del Señor; gemas de topacio y plata en el drama más asombroso del mundo, y entre todas ninguna como esta santa y emocionada de la Divinidad caída.

Nervio y entraña. Clave y tránsito. Raya mística de dos naturalezas gloriosas; la divina que el dolor hace humana y la humana que el amor eleva a las alturas divinas.

Y por encima de todo: Símbolo.

Cristo caído por el peso abrumador de la cruz. Cristo pálido y desangrándose en el camino. Jesús lleno de sudor y sangre, hundido en el polvo de las calles ardientes de la Judea atónita, es sobre todas las cosas: un Símbolo.

El símbolo de la Humanidad que conoce el dolor de caer y el gozo magnífico de levantarse.

Y este es su exacto sentido.

En ningún otro sitio de la Humanidad de Jesús, resplandece Cristo más realmente Dios, a fuerza de tanto querer descender hasta el hombre.

En ninguno. Ni en Jerusalén cuando siendo niño asombra a los Doctores discutiendo en la sinagoga; ni en Caná cuando obra milagros, ni en Betsaida, ni en Genezaret, ni en Galilea, ni en Tiberiades. Ni cuando cura en Cafarnaüm, ni cuando resucita en Betania.

Nunca. En Getsemaní llora y vienen los ángeles a consolarle. Es Dios por encima de la carne que sufre.

Sólo aquí tendido y exánime, caído con la Cruz en la calle de su inmensa agonía, Cristo recobra su perfil auténtico. Vuelve a ser el Dios de las Bienaventuranzas, el del Sermón de la Montaña, el Dios de los que sufren, de los que esperan, de los que tienen hambre y sed de una honda y exacta justicia más allá de la tierra.

Cristo de los que lloran en silencio, Dios que calma y consuela el ansia infinita de los tímidos, de los débiles, de los oprimidos.

Ante esta estampa, profundamente divina, a fuerza de tanto querer ser humana, yo y todos los que como yo piensan, de rodillas ante el humano dolor de tus fuerzas rendidas, te aclamamos: Cristo, Ungido. Mesías.

Dios sin respaldos de tronos de oro y coronas de rey bizantino.

Cristo en la doliente exaltación de tu agotamiento físico. Cristo que llora a la vista de Jerusalén y se conmueve ante el sepulcro de Lázaro.

Jesús sin la dureza hebraica del Moisés del Sinaí, cuando temblaba el monte incendiado de relámpagos.

Jesús, bálsamo de humildes y espiga de nardo en las páginas del Evangelio.

Cristo que supo inspirar en la terrible Revelación de San Juan, los más dulces capítulos de la isla de Patmos: la sonrisa de Dios en el Apocalipsis.

«He aquí que estoy a las puertas de tu corazón y llamo; si me abrieres entraré en él»,

* * *

Señor, por los méritos de tu Pasión y muerte; que en nuestras muchas calles de la amargura de todos los días si la carne nos hace caer, concédenos Tú la voluntad de levantarnos; así una vez y otra, todo el tiempo que dure el camino, hasta el día entre los días en que se queden inmóviles las pupilas, esperando más allá de la muerte, el gozo arcangélico de los elegidos: la visión eterna del Trono de Dios.

"XEREZ"

Revista editada por la Casa GONZALEZ-BYASS

BAJO LA DIRECCIÓN DE

● Luis PEREZ DE SOLERO

ALBUM PRIMERO DE UNA SERIE DE DOCE

Era realmente inexplicable que en Jerez de la Frontera, cuna del vino mejor del mundo, no existiese portavoz adecuado a la excelencia de su industria. Se hablaba, desde el punto de vista local, siempre en pequeña, en diminuta escala, sin jerarquía, sin rango, sin tono elevado y serio. La propaganda, después de visitadas las bodegas, reducíase a la entrega, más o menos solemne, de un obsequio recordatorio de una grata visita. Y después, a lo largo del tiempo, silencio y silencio: si acaso, cuando nuevamente se volvía a visitar, otro obsequio y asunto concluido. Jerez de la Frontera no tenía una publicación en consonancia con el relieve de su vida industrial. Y sí solo aquella maravillosa obra «JEREZ, XEREZ, SCHERRY»—prodigio de preparación y de estudio—del ilustre ingeniero D. Manuel González Gordon.

Pero llegó a nuestra ciudad un heraldo, un mensajero, enviado con todas las gracias de un juglar que fuera, castillo por castillo, mesón por mesón, cantando la Verdad de la Verdad del vino jerezano—como se dice en el comienzo y ofrecimiento de este primer álbum. Luis Pérez Solero, artista «polifacético» (no encontramos otro adjetivo, D. Luis, y que perdone el A B C), que escribe con la misma soltura y elegancia con que habla, dibujante finísimo y exacto, y con unas extraordinarias dotes de organización publicitaria: clara y artísticamente orientada.

La revista «XEREZ» reúne todas las necesidades de una publicación dirigida a enseñar lo que es una bodega jerezana. Porque nosotros, conocemos muy a fondo el alma de Luis Pérez de Solero, y sabemos en sus últimos detalles, cuántos lugares y motivos de belleza ha encontrado él, con su mirada penetrante y viva, a lo largo de ese pueblo, verdadero pueblo industrial, que conocen nuestros lectores: GONZALEZ BYASS, nosotros, cada uno de los colaboradores de «CAUCES» y especialmente los editores, por el casi diario contacto que mantenemos con él, sabemos que Pérez de Solero conoce mejor que nadie la bodega y la ha sentido en todas sus dimensiones: la de bóveda y la de... cielo. Porque tiene un paisaje, una luz, un dinamismo, un silencio en los toneles y las botas, un gracejo tan suyo, tan especial, que por sí sola, aparte la trascendencia de su vida económica y de su nombre en el mundo, es un verdadero centro de reposo artístico y de recreo para el alma. Dígalos así esa maravillosa bodega de La Concha, tan admirablemente descrita por nuestro cicerone, en las primeras páginas—todas en estupendo papel couché con verdadero alarde fotográfico—. Compara la construcción, ancha y sin columna alguna, de esta bóveda de La Concha, con la familia de los beneméritos dueños de la Casa. Y dice—hay que transcribirlo, porque la imagen se hace realidad viviente—Luis Pérez Solero: «La construcción, audacia y solidez, férrea toda ella, como la voluntad de Torre Soto y sus hijos. Circular, a semejanza del globo, diciendo que a todo el mundo abarca el negocio y que a todo el mundo envía las glorias de sus vinos. Única, en España, por su forma; y almacenando un calor, reflejo del vigor y la energía de los González, que por su brío y recio empuje, han colocado en cien años su empresa a la altura de las principales del mundo entero. ¡Bodega de hierro! ¡Eres el jalón moderno, incrustado en la patriarcal vejez de la bodega! Eres el modo de la edificación, todo juventud, que con su vigor rocía un vino para que viva la vejez».

* * *

¡Qué maravilloso tránsito de la luz, del sol, fuego y angustia en la explanada de entrada, a la sombra! Y cómo nos dice el artista: «espera a que tus ojos se hagan a esta penumbra». Y nos habla luego—todo entre bellísimas fotografías que van de la mano, haciéndonos el honor de «bodega portátil», porque casi se *beben* las páginas—del lento envejecer, del jardín en que «paseó su juventud nuestra Doña Solera 1847», del puente de mando «timoneles de sol para las glorias del vino»—se diría—, de los talleres, enormes, de tonelería, del altar mayor, del pino centenario, del embotellado «corazón de la bodega» (¡ruido! ¡ruido! ¡ruido!), del paso de los artistas por su recinto, de la técnica y el prestigio cultural y nacional de los hijos del Marqués de Torre Soto de Briviesca, piedra primera, viento poderoso que dió empuje y vida a la Casa GONZALEZ BYASS.

Nosotros habíamos seguido, paso por paso, página por página, la confección de «XEREZ» (visitando la bodega). Y tuvimos la suerte, porque hoy sentimos la alegría de haber sido «exclusivistas» de los primeros fragmentos literarios que se dieron al público, de haber dado en números anteriores las primicias de esta bella y elegante publicación, exquisitamente impresa, bajo la dirección personal de su creador D. Luis Pérez de Solero, alma del aliento publicitario de las Bodegas González Byass y, según ha demostrado ahora, «cortejador de sus bellezas, novio de sus rincones de luz y de sombra», que ha captado con la gracia de su prosa sencilla y perfecta.

Luis Pérez Solero no ha hecho más que volcar al público algo de lo mucho que lleva, latíéndole, dentro del alma. Porque si este primer álbum lleva más de ¡200 fotografías! y no contamos los bellísimos dibujos, hemos de ir ya preparándonos a recibir el segundo álbum de los doce que anuncia. Y si a este primero, Federico García Sanchiz, el poeta de la palabra, le ha denominado, en su airoso prólogo, en el que pinta con exactitud maravillosa la «polifacética» (sale sin remedio siempre) actividad de Pérez de Solero, «Cantar de Cantares», al próximo, mirando hacia arriba, habrá que llamarle «La Divina Bodega» y cantarlo en verso latino.

* * *

El ejemplar recibido de «XEREZ» viene dedicado a nuestro Director. Y le habla, en esas líneas de dedicatoria, de un «miedo cervical...» ¿A qué?—No hay duda alguna—decimos nosotros a D. Luis Pérez de Solero. Usted escribe y magníficamente, por cierto. Pocos prosistas de hoy acertarían a «encauzar», con tan bellos detalles y matices, una visita a la Casa de Torre Soto. Desde esta página, los poetas de «CAUCES» saludan al Sr. Pérez de Solero, alma de «XEREZ» y le felicitan ante nuestro público, augurándole a su Revista el éxito grande y total que merece por su espléndida presentación y contenido.

CEREZO

EXCELENTE
SERVICIO

RESTAURANT

General Queipo de Llano (Junto a la Comandancia Militar)
Teléfono, 335 - ALGECIRAS

SILVESTRE

M. APARICIO

Gran Taller de Carrocerías

Villa Vieja, 16 y 18
TELÉFONO, 147
ALGECIRAS

CAFÉ-BAR La Plata

Propietario: Francisco Borda Rodríguez
EL MAS CÉNTRICO DE LA POBLACIÓN :: ESMERADO SERVICIO
Algeciras (Cádiz)

CORCHERA INTERNACIONAL

SOCIEDAD ANÓNIMA

Casa Central: SEVILLA
++ Avenida Sánchez Pizjuán ++
Apartado, 164

Sucursal de ALGECIRAS
Gerente: Don Cristóbal Benítez
Hotel Garrido

ANIS DEL RACIMO

J. BOCUÑANO

SASTRERIA
San Francisco, 30 - CADIZ

HOTEL LONDRES

RESTAURANT :: COCINA ESPAÑOLA
ESTACION DEL PUERTO
PRECIO DEL CUBIERTO
5 PESETAS

ESTA CASA SE RECOMIENDA POR SI SOLA
ALGECIRAS

COÑAC OXIGENADO

UNA COPA DESPUÉS DEL CAFÉ

Cupón N.º 0377

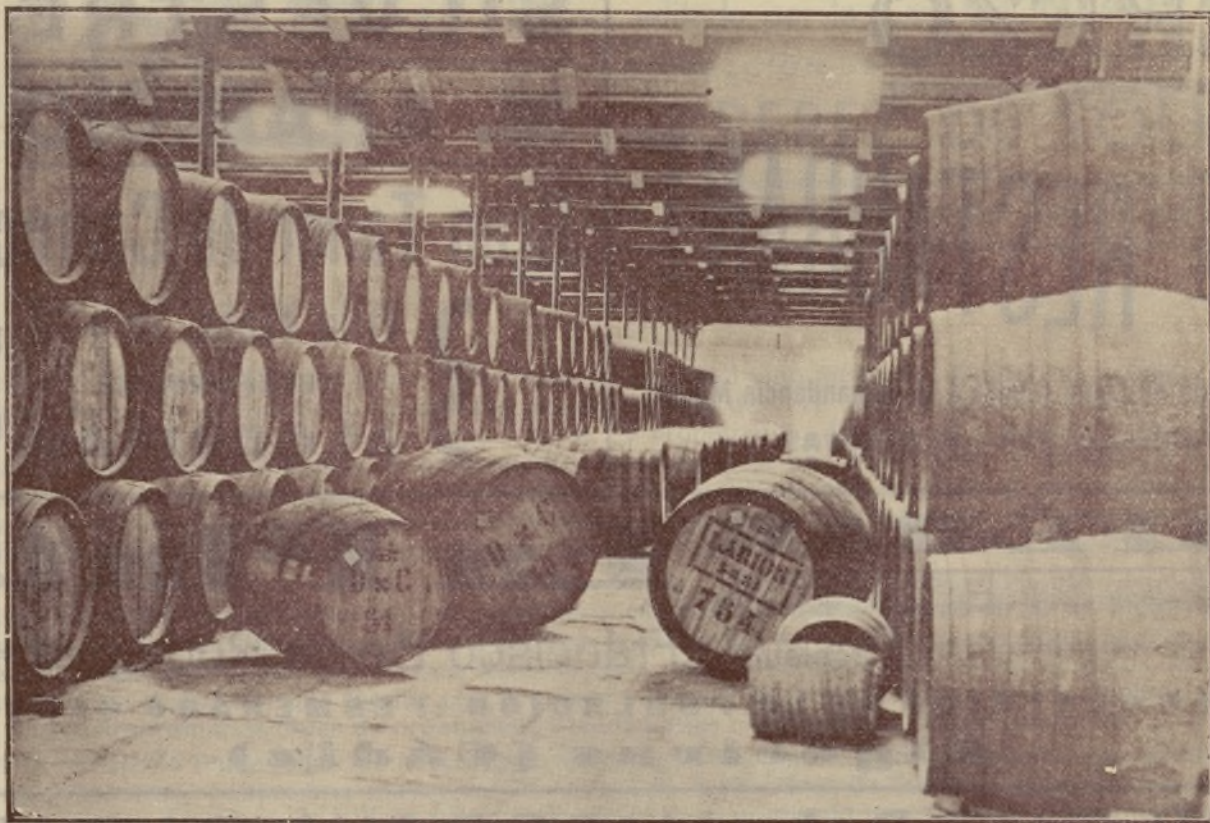
para el sorteo de los REGALOS
que la Revista "CAUCES"
hace entre sus lectores y suscriptores.

Recortado este cupón, caso de resultar premiado, se entregará o enviará a las oficinas de Anuncios "KIKI" - Apartado, 140 - CADIZ.

VINO DE LAS CINCO PERLAS

♦♦♦ A. QUIJANO ♦♦♦
PUERTO DE SANTA MARIA

Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz



LARIOS S.A.

MALAGA

Vinos Generosos

COÑACS

3 Estrellas - Extra V. S. O. P.

1866 (Gran Marca)

Triple Seco

(DENOMINACIÓN REGISTRADA)

Exquisito Licor de Naranja

Anuncios "KIKI" - Teléfono núm. 2590 - Cádiz

CINE:

UN CINEMA HISTORICO

POR A. SANTOS

En estos días, en que el mundo asiste, estremecido, a la Epopeya de España, vuelve a nosotros—los que siempre luchamos por un Cine más trascendental y español—el recuerdo de aquellas jornadas triunfales de un cinema histórico, orgullo de las más prestigiosas firmas y los más afamados autores: «Rey de Reyes», «Ben-Hur», «Carabanás bélicas», «Cabalgata», «El Signo de la Cruz», «Las Cruzadas».

Como hablar de todos esos triunfos no es posible en una sola crónica, me ocuparé de las extraordinarias producciones «El Signo de la Cruz» y «Las Cruzadas», ambas de la prestigiosa marca «Paramount» y creadas por el genial Cecil B. De Mille, el hombre que supo hacer un volumen de historia con sus realizaciones.

«El Signo de la Cruz» es la máxima victoria, el más grandioso espectáculo realizado por De Mille, el genio que en 1924 llevó a la pantalla la maravilla de «Los Diez Mandamientos», obra maestra de los albores del Cine sonoro.

«El Signo de la Cruz» nos lleva a la Roma de Nerón. Escenas de un agudo realismo, perfiladas a veces de un sensualismo violento para ciertos públicos faltos de la necesaria formación moral y religiosa, hacen desfilar, ante nuestros ojos, el lujo desenfrenado, el despotismo enfermizo, las intrigas, las claudicaciones y la torpe cobardía de aquella Corte de verdugos, de pervertidos y de anormales, en la que ya se acusaba, franca y abierta, la decadencia del Imperio.

Y sobre ese fondo, decadente y exquisito, la rosa de pasión de uno de los más puros y bellos idilios de la literatura clásica: el amor dulce y atormentado de Mercia y Marcus Soberbio, el gallardo Prefecto de las legiones romanas.

Más de 7.500 figurantes actuaron en las escenas de conjunto de este *film*, y su coste total ascendió a varios millones de dólares.

Encarnaron los personajes centrales de la obra, artistas de la valía de Elissa Landi, Claudette Colbert, Fredrich March y Charles Laughon.

Así, gracias al genio de De Mille, fué posible la realización de esta obra cumbre, verdadero capítulo, vívido, de la historia de una de las culturas más emocionantes.

Después de «Rey de Reyes», aquella grandiosa versión de la Pasión de Cristo, «El Signo de la Cruz» era la joya más perfecta que admirábamos en el Cine histórico.

En la temporada de 1935, De Mille es el creador de «Las Cruzadas», cinta de una majestuosidad señorial, de un empaque solemne y severo.

Para adquirir una idea de lo que significó su realización, basta saber que en la confección de sus escenarios trabajaron más de tres millares de obreros, y complementaron esta cifra elevadísima cerca de cuatro mil jinetes, y numerosas y formidables máquinas de guerra, expresamente construidas para este *film*.

La Europa medioeval de los paladines, las castellanas y los trovadores; el Asia de los Sultanes de leyenda, y Jerusalem, Santuario del Mundo, aparecen en cuadros de fascinador realismo.

Sus intérpretes fueron, Loretta Goung, Henry Wilexson y Katherine De Mille.

Este es el balance de un retazo de la Obra cinematográfica de Cecil B. de Mille.

.....

Cuando en nuestra Patria, el Cine deje de ser una esperanza para convertirse en realidad fecunda y magnífica, habrá que buscar en la grandeza de nuestro pasado, temas para un Cine de honda envergadura nacional y humana.

Gestas del Descubrimiento de América, de Isabel de Castilla; leyendas nazaritas de Granada; guerras de religión... ¡qué cantera para un Cinema histórico!

Y esta Cruzada nuestra, que Franco acaudilla para honor y salvaguardia de una civilización en peligro ¡qué pródiga en asuntos temáticos, en enseñanzas viriles y aleccionadoras para las generaciones acostumbradas a un «teatro fotografiado» de comedias, de revistas de gusto dudoso, de confusas realizaciones a base de obscuras aventuras del más pobre género!...



CONSULTORIO LITERARIO

Señorita L. R.

Es difícil contestar ciertas preguntas.

Tú envuelves los temas con tu letra picuda de una manera maravillosa. El problema que antes parecía sencillo me lo has hecho de repente obscuro y tortuoso. «Se apagan las luces de la calle». «Anda la luna por las azoteas, arrastrándose en las arterias de la radio». Y entonces el poeta escribe. ¿No?

El poeta escribe cuando menos se piensa. El poeta coge por ejemplo tu carta, esa carta de trazos picudos y nerviosos, enredadera de las cosas más simples y escribe un poema íntegro en las esquinas del papel. El poeta escribe donde puede o donde le dejan. Que esto de perseguirlos como perros que se echa de un cortijo por ladrador y por sarnoso no es cosa nueva y estábamos todos hartos de verlos por el lodo de la carretera, solo y triste, en espera de esa alegría íntima de una carta suave, desde cualquier sitio desconocido, sin nombre y sin dirección siquiera, como la has escrito tú.

BU-JA-LÍ.

Rogamos a nuestros numerosos comunicantes dirijan sus consultas a nuestra Redacción, con un pequeño subtítulo en el mismo sobre "Para el Consultorio Literario"



NUESTROS COLABORADORES

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

Prosista de Castilla: llanura, doración de buena luz, garbo de labriego altivo: así es la pluma de Sanz y Díaz.

Honda, como un surco. Alta y quieta, como esa labranza sosegada y siempre igual, en que la tierra de Castilla se alarga, se alarga, hacia un mundo de Imperio, detrás de la Cruz, bajo la voz del Cid.

Limpiamente, José Sanz y Díaz, nos habla al oído, con toda la mansedumbre de su estilo sobrio y severo, de todas esas dulces leyendas hidalgas, que se cuentan, en círculo, al fuego de una hoguera.

Sanz y Díaz es poeta: poeta de la prosa mejor y firme. Y desde muchos años atrás, desde los tiempos difíciles, Sanz y Díaz hacía vibrar el chasquido de su pluma en loor de la España eterna.

Ahora—ya hace tiempo— escribe para "CAUCES" fervorosamente. Y nosotros, que sentimos la lealtad de su brazo, esperamos siempre, con viva alegría, la elegancia de su prosa.

Es colaborador nacional y trabaja activamente en el Ministerio del Interior, con los altos camaradas que allí ponen lo mejor de sus horas al servicio de la España Imperial.

Del Mundo Literario

Palacio Valdés—nuestro gran patriarca de las letras—fué en su juventud un gran devorador de folletines.

Antes de su primer ensayo literario—aquel ingenuo articulista en el *Eco de Avilés*, el 22 de Julio de 1869—devora muchos de ellos y ya en Madrid, cae todavía muchas veces en su gran tentación. Hasta que encuentra a Espronceda. Espronceda sustituye en cierta manera su pasión folletinesca en los días del paseo en el Prado y las tertulias sobre el terciopelo del Ateneo, cuando ya D. Armando era señalado como su futuro candidato a su presidencia.

• •

César González Ruano ha hecho sobre Gabriel D'Annunzio la mejor despedida del maestro. Una despedida íntima, suya, cordial, escrita en Italia por él que tiene espíritu renacentista, acuñado en yunque español, de Castilla, en una noche dura donde el castellano de la paramera se encuentra la muchacha florentina de cabellos rubios y de risa cantarina como el cristal de una fuente. Entre las últimas anécdotas del «Héroe popular y Señor del bello gesto» había que recordar su última excursión por el lago Garda, de la sede de la famosa sociedad marinera «Fraglia vivana della vela».

A la despedida escribió en su retrato dedicado:

«A la Fraglia del mío legado oro y sempre».

• •

Ahora que hablamos de «Nuestro Padre S. Gabriel» había que recordar una de sus anécdotas románticas, de ese su romanticismo de melena larga despeinada en el mar.

Una vez entrega unas estrofas en unas manos de mujer. Las estrofas dicen así:

Quiero pasar así la noche entera
y que la luz no alumbre más».

• •

Del profundo océano anecdótico de Gabriel D'Annunzio «cabra, barbilla en punta, cabeza como el puño de un bastón» podrían llenarse libros enteros.

«El signor D'Annunzio» que cuida el gesto en todos sus sitios procuró dar también cierta altura y cierto mimo a toda su existencia.

Se cuenta de él que cuando en los tiempos tristes se vió en la ruina, exclamó en plena subasta de sus muebles:

«Qué culpa tengo de haber nacido pobre y con unas manos hechas para gastar millones».

• •

Espigando en la obra de Palacio Valdés podría colmarse muchos pasquines de propaganda.

Don Armando dijo siempre la verdad, tal como la sentía. He aquí algunas.

«El socialismo reniega de la familia. Lo único que ennoblece la vida y la hace soportable».

«No hace falta que los hijos conozcan a sus padres—habla Rusia—les basta saber donde está la Comisaría para que le den el vale cotidiano».

«Los socialistas se ríen. Acordarse de la madre es una ridiculez. No hay otra madre que la Escuela municipal, donde se aprende a cantar la Internacional y a levantar el puño».

«El socialismo reniega de la libertad. Si se come y se bebe, ¿para qué hace falta la libertad».

• •

Siempre que se habla de Palacio Valdés se recuerda la extraordinaria facilidad con que fueron traducidos sus libros.

Marta y María es traducida en cinco idiomas francés (Le Monde Moderne), inglés, ruso (Diario de S. Petesburgo), el sueco y el checo.

EL OTOÑO DEL POETA

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

(CONTINUACIÓN)

XXII

Arrebujada en su chal de lana tibia y esponjosa, Angelita contemplaba el jardín de Lis, silencioso y huraño, desapacible y frío, bajo la lluvia de Noviembre.

Detrás de los bosques y las cercas de la heredad, sobre la charca de la carretera, un carro, arrastrado perezosamente, por unos bueyes cansinos, chirriaba, como agobiado por aquella tristeza que ungía todo el paisaje, de una melancolía lejana y augusta.

Bostezó, aburrida:

—¡Ah! ¡Qué fastidio! Se ha cerrado el otoño en aguas y vamos a morir ahogados en este palacio, grande y solemne, como una tumba.

Benalgar sonrió con amargura:

—¿Te aburres? Vete, Angelita. No merezco que me sacrifiques tu vida. Vete y no te preocupes de mí.

Angelita se volvió hacia el marqués. Estaba tendido en un canapé de raso, hundida la hermosa cabeza en un almohadón, fumando uno de aquellos cigarrillos que la artista envenenaba con drogas y aromas excitantes. Tiró el chal al suelo del ventanal—hondo, amplio y regiamente aderezado, como el camerino de una reina antigua—desde el cual se entristecía contemplando el jardín azotado por la lluvia, fué hasta el canapé de raso, y tomando entre sus manos la cabeza de Javier:

—¿Verdad que todo eso que acabas de decir, lo has dicho de broma? ¿Verdad que tú no quieres ya vivir sin mí?

Y hundía la cara y los dedos, en el pelo del aristócrata, aspirando aquel perfume de violeta, que le embargaba los sentidos.

Cerrados los ojos, el poeta se abandonaba a la voluptuosidad de aquellas caricias, y escuchaba, como una música enervadora, la charla de la artista:

—Me gusta verte así, como un gandulón, como un niño grande, sin voluntad, sin fuerzas, sin capricho, porque así me es muy fácil dominarte.

Le miraba una y otra vez, sin cansarse; y al verlo empalidecido, delgado, consumido en el fuego de aquella pasión maldita, cada día más voraz y exigente en sus labios se dibujaba esa sonrisa pueril y perversa, de las mujeres entregadas a las lides difíciles y tormentosas de los amores decadentistas.

Poco a poco, iba cediendo el chapoteo del agua en los ventanales y en los árboles del parque.

Angelita se levantó, abrió las cristalerías y se asomó al exterior.

No llovía casi. Nació un ocaso de una paz inmensa; no se oía ningún ruido, ni siquiera el graznido de los pavos reales. Sólo el rumor sagrado de las fuentes, perdidas en las entrañas de la fronda.

Ante aquella calma, ante aquella quietud, Angelita sintió unos deseos locos de correr a caballo, en un galopar desalado, a través de las montañas, de los caminos, de los riachuelos, que desde el Palacio, parecían inaccesibles.

—¡Javier, Javier! Vamos a dar un paseo a caballo. Mira, si no llueve, ni hace frío. Nos abrigamos bien, y nos lanzamos al campo hasta el anochecer.

Dócil, como siempre, el poeta la obedeció, y salieron por una puertecita falsa de la heredad, disimulada entre montes de hiedras.

Angelita, romancesca y soñadora, decía, que aquella salida debió ser hecha por alguna marquesa de Benalgar, interesada en disimular amoríos culpables. Por eso estaba tan hábilmente recatada entre aquellos macizos verdes.

Iban los dos serios, recogidos, como ensimismados. Queriendo romper aquel silencio penoso, Javier murmuró, distraído:

—Va a nevar, y fuerte. La Peña de Alvar, tiene ya el penacho de nubes negras.

Ya lo aseguraba el adagio popular, aquel adagio que sería una enorme blasfemia, si no fuese una formidable ingenuidad: «Cuando la Peña Alvar se cala la montera, nieva, aunque Dios no quiera».

Y como un eco profético, sonó lejos, agrandada por la concavidad de los valles, la voz arcana de uno de aquellos cuernos que los guerreros primitivos usaban en sus bárbaros combates, hacía millares de años. A aquella voz, solemne y antigua, contestó otra, más cercana; y unos segundos más tarde, toda la montaña hervía de viejos sonidos mitológicos y magníficos.

Era, como si las trompas feroces de las gentes del clan, convocaran a una lucha homérica, bajo el cielo fúnebre, todo gris y cerrado, como una coraza gigantesca de acero...

Angelita, sobrecogida de horror, detuvo la montura.

—Javier. Antes de la nevada, se nos viene encima una tormenta espantosa...

Soplaba ese viento, largo y ardoroso, cargado de electricidad, que precede a los temporales deshechos. Por las laderas, bajaban los rebaños, olfateando el peligro, espoleados por los cánticos de los pastores y el ¡alalá! grandioso de los cuernos y las caracolas marinas, con que los campesinos anunciaban el huracán...

—¿Tienes miedo? ¡Bah! No te asustes. Durará poco, desgraciadamente. Porque no negarás que todo esto es maravilloso. Mira aquellos montes, nena. Todos se han vuelto negros, negros como el azabache...

Una luz violeta, incendió el valle, la cordillera, el cielo. Hasta las florecillas y las piedrezuelas del campo se iluminaron de aquel fulgor azul.

La artista dió un grito, y lanzó su cabalgadura sobre la de Benalgar. Este con mano firme, la sostuvo cerca de la suya, y al ver a Angelita demudada, temblando de miedo, exclamó:

—Vamos a refugiarnos en cualquiera de las cuevas que hay por estos alrededores. Allí esperaremos a que pase este chubasco. Porque te aseguro, que por nada del mundo perdería este espectáculo.

Entraron en una de aquellas cuevas, que habitaron los druidas, en el sobcuro amanecer de la historia, al mismo tiempo que un trueno horriblo, sacudía hasta los cimientos de la tierra.

Siguió otro relámpago y un nuevo trueno, más bárbaro y pavoroso todavía.

De pie, apoyados en la pared que cerraba el fondo de la gruta, vieron encenderse muchas veces, de un resplandor divino y celeste, todo el contorno.

Era un cuadro de una hermosura satánica y gloriosa, que excitaba los nervios y atraía con ese vértigo de los grandes abismos.

Angelita, con las pupilas dilatadas, miraba hacia afuera, y se aferraba al cuerpo de Javier.

Comenzaron a caer unos goterones colosales, aislados y calientes. Toda la cueva se inundaba de aquella lluvia que parecía brotar del infierno...

—Vámonos, Javier—suplicó Angelita—. En unos minutos, los caballos nos llevarán al palacio. Aprovechemos ahora, que no llueve demasiado.

Y como él vacilaba, asedió trémula:

—Vamos pronto. Mira cómo estoy. Los nervios no me dejan vivir.

No mentía; los ojos brillantes, paralizados por el horror, se hundían en los cercos de unas ojeras densas, como nimbos; y los labios, pálidos, tenían esa contracción violenta de los espíritus plenamente dominados por una gran emoción.

El la abrazó con temblorosa ternura, mientras musitaba:

—Volvamos a casa. No quiero mortificarte.

Subieron a las monturas y emprendieron el camino de la heredad de Lis, azotados por aquel ventarrón largo y ardiente, lleno de electricidad, y por aquellos goterones que parecían brotar del infierno.

Al cruzar la plaza de la iglesia, arreció la lluvia. A cada relámpago, los caballos caracoleaban, rebeldes al freno de las bridas. Angelita se negó a seguir aquella ruta dantesca.

—Descansemos en aquel mesón, Javier. Esas gentes se compadecerán de nosotros.

Confiaron las cabalgaduras al dueño del mesón, que abrió sus puertas frente a la iglesia, y pidieron unas tazas de café y unas copas de ron.

Cerca de la mesita que ocupaban ellos, había grupos de jugadores de naipes y dominós, qué al entrar la pareja, alzaron la vista, examinándoles de soslayo.

Luego, entre las frases soeces que provocaban el juego y el vino, cuchichearon entre sí y cambiaron medias palabras y sonrisas.

X X I I I

De tiempo en tiempo, callaba el ruido de los naipes sobre las mesas grasientas, se apagaban las charlas y el chapoteo de la lluvia en el empedrado de la plaza, y sobre el hondo silencio que se hacía, pasaban, como ráfagas de ecos milenarios, los sonos de las campanas.

Javier miró hacia la iglesia. Al fondo del atrio, más allá de las vidrieras que remataban las puertas oscuras, unidas de incienso y de siglos, brillaban unos cirios y el fulgor dorado de la corona de una Virgen.

Subían la escalinata del templo, grupos de mujerucas, abrigadas en sus chales de punto, bisbiseando latines y murmuraciones, haciendo sonar los rosarios enormes de cuentas negras o marrones, recargados de medallas; y aldeanas jóvenes, con las cintas celestes de la congregación Mariana al cuello, y hombres vestidos con los trajes flamantes de las fiestas.

Iban deprisa, huyendo del agua, y se perdían, silenciosamente, detrás de aquellas puertas, coronadas de vidrieras multicolores, que olían a incienso y a siglos.

Intrigado, Javier preguntó al mesonero.

—Hay Misión, señor. Un padre jesuita que predica como los ángeles, y está haciendo de estas gentes, otras gentes nuevas. Falta hacia, señor, que ya este pueblo, con tanto socialismo y tanta vagancia, andaba perdido.

Benalgar gustó la emoción de aquella empresa de apostolado, que el jesuita acometía desafiando la frivolidad y los vicios del ambiente; y con aquella energía, que a veces, florecía en él los viejos despotismos feudales de sus abuelos, decidió:

—Vamos a la iglesia, Angelita. Oiremos la palabra de ese jesuita, que está haciendo de estas gentes, otras gentes nuevas.

A la artista le divirtió la ocurrencia, y salió de la taberna, riendo, con esa ligereza sacrílega de los que nunca han tenido Fe:

—Tú sabes, que yo nunca he creído. Pero, en fin, si te empeñas... Después de todo, aquí nos aburrirnos más.

La iglesia era grande, destartada y pobre. En el altar mayor, blanqueaba la Inmaculada, y a un lado del presbiterio, entre cirios amarillentos, agonizaba un Cristo de largas melenas flotantes, de rostro hundido y cetrino, de mirada vidriosa.

La muchedumbre parecía no respirar siquiera, pendiente del misionero.

Era un jesuita flaco, nervudo, que en el mirar fulgurante, en la voz y en el gesto, tenía esa ausencia del mundo de los penitentes de Zurbarán.

Hablaba con elocuencia terrible, como aquellos frailes mendicantes, que con solo sus predicaciones, lanzaron en armas las multitudes de Europa sobre las tierras sagradas de Palestina, en los tiempos ingenuos y heroicos de las Cruzadas; y aterraba el ánimo de los fieles, con la viva pintura que hacía de los castigos de la otra vida...

(CONTINUARÁ).

CAUCES

Queipo de Llano, 38

Jerez de la Frontera

EXCLUSIVA DE PUBLICIDAD Y SUSCRIPCIONES
PARA ESPAÑA Y EXTRANJERO

Anuncios "KIKI": Cádiz

Apartado 140 : Teléfono 2590: Plaza de la Catedral, 11

EL ABETO

Dios sabrá qué golondrinas llevaron entre sus picos la semilla o qué vientos la trajeran hace muchos meses hasta aquí, pero hoy queremos dedicarle con el pensamiento un sincero y callado homenaje a aquéllos—brisas y pájaros—que han hecho resucitar la emoción de un idilio primerizo.

No importa quien fué, pero el abeto con sus ramas siempre jóvenes está esperándonos en el valle desnudo de alturas verdes, para contarnos historias de invierno y por una vez—«la única vez» de tantas veces—dejamos el reloj sobre la mesilla de noche y asistimos puntuales a la tertulia de las cosas.

Ya sabemos que no hablan los árboles, pero nosotros soñamos, por eso nos está permitido decir que tal vez no sería tan esbelto ni nos ocuparíamos de él, empequeñecido en la amable geometría de un hogar berlinés, oyendo en unas Navidades cualquiera:

O Tannenbaum! O Tannenbaum!
wie grun sind deine Blaetter...

Eso es verdad y además lo diré bajito para que los leñadores insaciables no sepan: «Oh abeto, abeto, siempre verde...»

Tienen razón esas voces de hogar y estas otras que le cupo en suerte oír, voces de guerra en un campamento español.

Entre tiendas de lona y explanadas calvas de hierba parece más alto, pero no más solo que hace dos años cuando España iba a desperezarse de un sueño y más de una pesadilla y lo visitábamos, paseando bajo la sombrilla parda de su ramaje, la rabia de estudiantes descontentos y la impaciencia de una generación.

Ha cambiado todo, todo menos él y nosotros, el abeto sigue tan firme como antes, cualquier árbol puede torcerse en el ascenso, pero éste ama la verticalidad, lo enhiesto con rumbos de escala, sin penúltimos escalones, sin final, es decir con final, pero muy arriba, donde los hombres han de ser ángeles o santos.

Nosotros seguimos también los mismos, ambiciosos de grandeza para la Patria, ambiciosos de sueños para los corazones y además exactos en la cita que no hemos olvidado y que habría de vivir aquí, en el valle desnudo de alturas verdes.

Aún hace poco de nuestro encuentro, pero la confianza es vieja y no quisiera repetir otra vez como entonces, que probablemente moriría de hastío con el esfímero destino de todos los abetos, vivir la ilusión de una noche, un 24 de Diciembre, abrumado de guirnaldas de plata, cascabeles y mil chucherías colgadas sobre las ramas para después respirar, muriendo, polvo de desvanes o ser camino de ratones en la más sucia y oscura habitación.

Así es mejor, vivir esa ilusión el 24, el 25, el 26, todos los días, colgando fusiles y morrales de las ramas, en la atmósfera siempre nueva del campamento. Así es mejor.

La canción alemana puede y debe seguir fluyendo muchos años:

Du grünst nicht nur zur sommerzeit
Nein auch in Winter, wenn es achneit...

porque es bella y cierta; «reverdeces en verano y también en invierno cuando hay nieve»... pero es preferible el verdor de la primavera, de esta primavera de guerra, muy firme con las ramas abiertas, ofreciendo un abrazo de madera a tres centenares de españoles que van a cobijarse bajo él.

Ahora, a los dos años del primer encuentro, fué una historia alegre la que escuchamos con el rumor sabio que la brisa obediente a la orden, supo arrancar, historia que evocaba también ilusiones de idilio nuevo, de noviazgo entre España y los españoles.

Y para eso estábamos allí, para afianzar ese noviazgo, compartiendo las horas en la topografía, en la instrucción y en la táctica hasta perder todas las fuerzas y dormirnos sin sentir, como aquella noche inolvidable que nos venció el sueño leyendo a Goethe a la luz indecisa de una vela coreada por doscientas noventa y nueve voces: ¡Que la apaguen! ¡Que la apaguen!

M . G A R Z O N G A L L E G O .

CORRESPONSALIAS EXCLUSIVAS DE "CAUCES"

AGUILAR DE LA FRONTERA (Córdoba).	Federico Muñoz y Muñoz.	LOS BARRIOS (Cádiz).	Flora Ortega Pecina. Librería.
ALGECIRAS (Cádiz).	Librería Gamboa.	LOGROÑO.	Eduardo Paracuellos. Librería.
ARAHAL (Sevilla).	Manuel Castillo González.	LOJA (Granada).	José Antiñolo Márquez. Librería.
ARCHIDONA (Málaga).	José Luque Robledo.	LINEA DE LA CONCEPCION (Cádiz).	Fierro. Corresponsal de Prensa.
AVILA.	Senen Pérez.	LUCENA (Córdoba).	Fernando Navarro Pino. Librería.
BADAJOS.	Viuda de Juan Vallejo Cortés.	MÁLAGA.	José Sánchez López. Apartado 231.
BEJAR (Salamanca).	Librería Jesús Márquez.	MARCHENA (Sevilla).	José Pérez Benjumea.
BILBAO.	Librería de T. Cámara.	MEDINA SIDONIA (Cádiz).	Viuda de Juan Arjona Ariza. Librería.
BORNOS (Cádiz).	Andres Díaz.	MELILLA.	Benjamín Ramos García.
CADIZ.	Matilde Calzada. — Calle Duque de Tetuán. Vda. de Villega. — Calle San Francisco. Casa «Cele». — Calle San José.	MÉRIDA (Badajoz).	Jerónima Palma Muñoz. Librería.
CARMONA (Sevilla).	Rafael Pérez.	MOTRIL (Granada).	Paulino Martínez. Librería.
CARTAYA (Huelva).	Francisco García. Librería.	OLVERA (Cádiz).	Enrique Salas Toledo.
CAZALLA DE LA SIERRA (Sevilla).	Antonio Martín Pérez. Librería.	PAMPLONA.	Antonio Leoz Goñi. Librería.
CORDOBA.	Diego Torralbo. «Kiosco Rosarito».	PUERTO DE SANTA MARIA (Cádiz)	Librería Muñoz.
CORIA DEL RIO (Sevilla).	Estanislao Asian Pérez.	RONDA (Málaga).	Enrique Rophon Ortega. Librería.
CORUÑA.	Manuela Mariñas. Librería.	RUTE (Córdoba).	Juan Gómez Sarmiento. Librería.
DOS HERMANAS. (Sevilla).	Adolfo Baldaraque Elvas.	SAN FERNANDO (Cádiz).	Librería García Bozano.
FERROL.	Ricardo Castro Gil. «Kiosco del Carmen».	SALAMANCA.	Librería Cervantes.
FUENTES DE CANTOS (Badajoz).	Casímiro Macarro.	SANLUCAR DE BARRAMEDA (Cádiz).	Librería Luengo.
GIJON.	Félix González García. Librería.	SAN ROQUE (Cádiz).	José Fernández López. Librería.
HUELVA.	Viuda de Justo Toscano. Librería.	TALAVERA DE LA REINA (Toledo).	José del Camino López. Librería.
ISLA CRISTINA (Huelva).	Federico Ortiz Zamorano.	TARIFA (Cádiz).	Librería Ruffo.
LAS PALMAS.	Librería Hispania.	TOCINA (Sevilla).	Julián de Torres.
LEBRIJA (Sevilla).	Joaquín Masrina Guerrero.	VALLADOLID.	Librería Santarén.
LEGANES (Madrid).	José Alemán Echevarría. Librería.	VIGO.	Luis Barrios Palenciano. Librería.
LEON.	Hijas de Lozano. Librería.	ZAMORA.	Baldomero García Martínez. Librería.
		ZUFRE (Huelva).	Felipe Sánchez Lobo. Librería.

Concedemos exclusivas en todas las poblaciones de la zona liberada que aun no tenemos.

"Cerequumil"
Fernández

Farmacia Crespo

LABORATORIO

San Juan, núm. 82.

Teléfono 4035

MÁLAGA

García y Zafra

Fábrica de Mosaicos Hidraulicos
Tuberías de Cemento

y Piedra Artificial
ESCALONES. - FREGADEROS

FABRICAS:
Carretera de Cádiz 16
TELÉFONO, 3810

OFICINAS:
SALITRE, núm. 10
TELÉFONO, 2230

MALAGA

OJEN PEDRO MORALES

UNICO LEGITIMO

VALIOSOS Y ÚTILES REGALOS

DE

"CAUCES"

A SUS LECTORES Y SUSCRIPTORES

"CAUCES"



que ansía corresponder al inmenso favor del público
y al progresivo aumento de su circulación,

REGALARA cada mes varios magníficos premios.

Bases del sorteo:

Todas las revistas llevarán un cupón recortable en una de las planas de anuncios, con un número impreso automáticamente dentro de un recuadro, y en la Revista correspondiente al siguiente mes, se publicará la lista con los números premiados, por lo cual, cada suscriptor podrá él mismo comprobar si su número está premiado, y entonces sólo bastará la presentación de dicho cupón en las oficinas de ANUNCIOS "KIKI", para que le sea entregado el premio. A los señores suscriptores de provincias se les enviarán los premios correspondientes libres de toda clase de gastos de envío.

Obsequios de la Revista "CAUCES" correspondientes al mes de Marzo y números que han correspondido a los mismos

Una magnífica cartera de piel 360

◆ Un precioso estuche de manicura 867

Los suscriptores o lectores de «CAUCES» agraciados con estos obsequios, pueden enviar a las oficinas de ANUNCIOS KIKI, Plaza de la Catedral, 11. Cádiz, o al Apartado de Correos núm. 140, los cupones correspondientes, e inmediatamente les serán entregados los referidos objetos, libre de toda clase de gastos.

En nuestro próximo número daremos a conocer los nombres de los favorecidos.

LA ADMINISTRACION.

Anuncios "KIKI" - Plaza Catedral, 11 - Cádiz

ALMACENES LOS MADRILEÑOS

GRAN SURTIDO
EN
Perfumería
CADIZ

Antonio Lozano

Asentador de Frutos
en el Mercado
al por mayor

Importación directa
de frutos canarios.

Teléfono, 20-37
JEREZ DE LA FRONTERA

Cornetas Tambores Accesorios

Ejército. Milicias.
Organizaciones Juveniles

Casa Parodi CADIZ

Calle E. Dato. Apartado, 46

Hotel Victoria

El mejor situado
Excelente cocina
Precios moderados

General Franco, 1 (Plaza del Arenal)
TELÉFONO, 18-52
JEREZ DE LA FRONTERA

Todas las habitaciones son exteriores con agua corriente y teléfono.

PREDILECTA -- PASTELERÍA --

Deliciosas especialidades ÚNICAS de esta casa.

VISÍTELA

San José, 7.

CADIZ

Teléfono, 1141

Café TRUJILLO

SITUADO EN LA CALZADA

Or Tarifa (Cádiz) Or

Francisco Alfredo Serrano

Tiene el honor de ofrecer a Vd.
su nuevo Taller de Pinturas en la
calle San José, núm. 10.-Cádiz.

Bazar La Concepción

Cervantes, 18 (esquina a San José) - Teléfono 1318

CADIZ

Bañeras e W. C. e Cisternas
Azulejos blancos y dibujos e
LOZA / CRISTALERÍA / JUGUETES

SECCION DE ANUNCIOS BREVES

Ultramarinos Finos

LEVEQUE.—Calles Larga y Palacios.
Teléfono, 228. Puerto Santa María.

E. RIVELOTT

Tapones CORONA.
Precintaje en general.
General Sánchez Mira, 25. JEREZ

LUIS GALLARDO

Fundición de Hierro y Metales.
Fábrica de Maquinarias.
Ferrocaril, 12. JEREZ

Ana María Toro

Nueva propietaria de la Lechería
"LA CONCEPCIÓN", ofrece la mejor
leche de vaca.
Plaza Castelar, 10. CADIZ

Para Comestibles de calidad,

ABACERÍA N.º 8

Cardenal Herrero, 16. JEREZ

HOTEL DEL CRISTO

Higuera, 20. = Teléfono, 1121.
JEREZ

EL NUEVO JEREZANO

Moderna Freiduría de Pescados.
Calle Arcos, n.º 5.—Teléfono, 2186.—Jerez.

"LA PALMA DE LA VIÑA"

Ultramarinos y Bebidas.
San Pablo, 6 CADIZ

EL GALLO

ACEITE Y CEREALES
General Queipo de Llano, 1. JEREZ

CERVECERÍA ESPAÑA

Café, Vinos y Licores.—Exquisitas tapas.
Calle Cerrón (frente a Correos).
JEREZ

L. LOPEZ BORRERO

Fábrica de Mosaicos Hidráulicos.
Azulejos y Cementos.
JEREZ

LA PALMA DE ORO

de Celestino Sainz Calderón.
Ultramarinos Finos - Almacén de alpargatas
San Leandro, 26 - CADIZ - Teléfono 1918

Rogamos a los lectores que al dirigirse a nuestros anunciantes mencionen esta Revista.

Anuncios "KIKI" - Apartado núm. 140 - Cádiz

ÚLTIMA CITA DE ESPAÑA EN EL ROMANCERO DEL ISLÁM

JOSÉ DE LAS CUEVAS

ESTUDIANTE COLONIAL • CUENTO

FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO

LA CONDESA BEATRIZ • NARRACIÓN

PEDRO MONTERO GALVACHE

EN HONOR DE LA PRIMAVERA Y DEL MARQUÉS DE BRADOMIN

ENRIQUE DE ATARFE

ESTAMPAS MARROQUÍES • S. A. I. EL JALIFA

MANUEL CHACÓN SÁNCHEZ

HIMNO Y TROFEO DE LOS VIENTOS DE AFRICA

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

LA DOBLE VIGILIA

LUIS DE BARJA

CONTINÚA LA NOVELA «EL OTOÑO DEL POETA»

PEDRO MONTERO GALVACHE

POESÍAS: ROMERO MURUBE • RUIZ PEÑA • MARTÍNEZ DEL CERRO • HAUPOLD GAY

CRONICAS • REPORTAJES • ARTICULOS DOCTRINALES

DE PÉREZ SOLERO, HERNÁNDEZ-RUBIO, PÉREZ CLOTET, ALEJANDRO ECHAIDE

Fotos de arte, de Cecilio Paniagua • Actualidades Gráficas nacionales y extranjeras.

Ilustraciones de Jiménez

Bibliografía: Pemán, N. Sanz y Ruiz de la Peña

Byass para la publicación de nuestros Indices



una peseta

TALLERES TIPOGRÁFICOS
VALVERDE, 10 CADIZ

Ayuntamiento de Madrid